

boletín 68 editorial

DE EL COLEGIO DE MÉXICO



Discurso de Fernando Henrique Cardoso

La herencia medieval de México

Apuntes sobre la corrección de estilo

México y su historia educativa

julio-agosto, 1996 • Departamento de Publicaciones

EL COLEGIO DE MÉXICO

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Teléfono 645 5955
Fax 645 0464

Presidente
Andrés Lira González

Secretario general
David Pantoja Morán

Coordinador general académico
Fernando Escalante Gonzalbo

Secretario académico
Alberto Palma

Secretario administrativo
Humberto Dardón

Director de Publicaciones
Martí Soler

Coordinadora de Producción
Marta Lilia Prieto

BOLETÍN EDITORIAL

Redacción
Blanca Luz Pulido

Diseño
Mónica Diez-Martínez

Corrección
Gracia Francés Sánchez
Ismael Segura Hernández
Consuelo Andrade

Tipografía y formación
Servicio Fototipográfico, S.A.
Ezequiel de la Rosa Mosco

Fotografía
Gerardo Hellion

Ilustraciones de este número
Óscar Bächtold

Impresión
Corporación Industrial Gráfica,
S.A. de C.V.
Cerro Tres Marías 354
04200 México, D.F.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud de título, núm. 6878
y de contenido, núm. 7972, expedidos por
la Comisión Calificadora de Publicaciones
y Revistas Ilustradas el 20 de enero de 1993;
número de reserva 2441-93.

ÍNDICE

La globalización y el nuevo orden mundial

Fernando Henrique Cardoso

3

Atadura y liberación

José Gil

13

La memoria y sus texturas

Miriam Grunstein

17

La herencia medieval de México

Enrique Legorreta

19

Apuntes sobre la corrección de estilo

Rosina Conde

22

México y su historia educativa

Roberto Bravo

26

El gremio artesanal en México

María Córdoba

30

Actividades de El Colegio de México

33

Novedades editoriales

34

Publicaciones periódicas

37

LA GLOBALIZACIÓN Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Fernando Henrique Cardoso



Andrés Lira, Fernando Henrique Cardoso y Miguel Limón Rojas durante la presentación de la conferencia.

El 20 de febrero de 1996 el presidente constitucional de la República Federativa de Brasil, doctor Fernando Henrique Cardoso, visitó El Colegio de México y pronunció una conferencia magistral en la que abandonó el texto escrito e improvisó sobre el tema con su acostumbrada perspicacia, claridad y sentido de la comunicación. Por la importancia del contenido, reproducimos a partir de la videograbación el contenido de su charla con la comunidad de El Colegio y algunos invitados, precedida por la bienvenida del doctor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México.

Nuestra institución agradece a quien fue embajador de Brasil en México, señor Carlos Augusto Santos Neves, por el oportuno auxilio gracias al cual se preparó la visita del presidente Cardoso a nuestra casa de estudios. Al mismo tiempo ofrece esta publicación como bienvenida al señor Francisco de Paula de Almeida Nogueira Junqueira, actual embajador de Brasil en nuestro país.

PRESENTACIÓN DEL DOCTOR ANDRÉS LIRA, PRESIDENTE DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Me permito dirigir estas palabras, excelentísimo señor presidente Fernando Henrique Cardoso, doctora Ruth Cardoso, señores ministros de Estado, señores embajadores, distinguidos amigos, invitados, colegas, para dar a ustedes la bienvenida en nombre de los profesores, estudiantes y amigos de El Colegio de México.

Los lazos que esta institución tiene con usted y con su país se remontan a varias décadas. Usted mismo ha sido nuestro huésped en varias ocasiones, por lo que esta visita es también la visita de un amigo a El Colegio de México. Don Alfonso Reyes, ilustre mexicano fundador y presidente de esta institución hasta su muerte en 1959, fue embajador de México en Brasil entre 1930 y 1932. Fue un hombre que se compenetró en la belleza de su país; se entusiasmó con sus vivencias cariocas, que inspiraron textos líricos que figuran en su obra en forma prominente, y fue testigo de un periodo crucial en la historia de Brasil. Fue el primero en abrir brecha en lo que sería una continua relación en la que muchos estudiantes y profesores brasileños han participado.

También don José Medina Echavarría, con quien trabajó usted en su paso por Chile entre 1965 y 1968, es parte del vínculo que existe entre usted y El Colegio. Don José, como afectuosamente se le llamaba en la CEPAL, y de quien un salón de clases lleva su nombre aquí en El Colegio, fue el creador del Centro de Estudios Sociales y gran precursor de la sociología en América Latina. Sigue siendo un faro para todos aquellos que buscan dar sentido a la realidad social de nuestro continente. Quisiera mencionar que varios profesores de El Colegio, no sólo brasileños, sino también de otros países de América Latina, fueron sus alumnos y hoy dan testimonio del valor de sus enseñanzas en El Colegio.

No obstante, creo que es por el peso de su obra

que Fernando Henrique Cardoso debe ser reconocido, ya que es por medio de ella que sus vínculos con nosotros asumen toda su profundidad. En la crítica a las teorías de la modernización, en la elaboración del planteamiento dependientista, en el análisis de los regímenes autoritarios, así como en su trabajo docente, construyó un conocimiento que ha dejado profunda huella en varias generaciones de estudiantes de El Colegio y de América Latina. Testimonio del vínculo actual entre la sociología brasileña y El Colegio es la publicación del homenaje que *Estudios Sociológicos*, revista del Centro de Estudios Sociológicos de esta institución, prestará al profesor Florestan Fernandes, recién fallecido, y a quien los sociólogos mexicanos conocen tan bien.

Señor presidente: la sociología latinoamericana tuvo y tiene, en usted, a uno de sus máximos exponentes. Esperamos que su paso por la presidencia de Brasil sea también objeto de su reflexión en el futuro. Por todo ello, sea usted bienvenido a El Colegio de México. Muchas gracias.

CONFERENCIA MAGISTRAL DEL DOCTOR FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Señor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, señora Cecilia de Lira, señor Miguel Limón Rojas, secretario de Educación Pública, señores embajadores, señores profesores y alumnos de El Colegio de México, señoras y señores:

Es realmente un enorme placer para mí regresar a este Colegio de México por muchas razones, no sólo porque siempre ha sido y sigue siendo uno de los centros más creativos en la ciencias sociales de América Latina, sino porque yo he sido recibido muchas veces con generosidad, y he encontrado estímulo intelectual para el debate y la investigación, además de otras razones muy particulares.

Algunas de ellas ya han sido referidas; sin embargo, quisiera añadir que no siempre que se habla en una institución como ésta se encuentra uno frente a dos ex presidentes, y aquí están uno de México y otro de Brasil. Yo les agradezco mucho su presencia a los señores Miguel de la Madrid e Itamar Franco.

Quisiera también decirles, en forma muy directa, que lo que se ha mencionado sobre la influencia que he recibido de la gente de El Colegio de México es verdadero, y quizá más importante todavía de lo que se ha señalado.

No sólo México le debe algo, y debe bastante, a un grupo de españoles que después de la guerra civil vino a vivir aquí, sino todos los latinoamericanos. Y acá, dos instituciones tienen la fuerte presencia de estos españoles: El Colegio de México y el Fondo



de Cultura Económica, del cual el señor De la Madrid, hoy día, es el principal responsable. Si nosotros tuvimos acceso a la lectura de algunos autores alemanes, como muchos de nosotros —mi mujer Ruth, quien se halla presente, el ministro Weffort, José Luis Reyna y muchos más—, y antes de situarnos en el universo intelectual hemos experimentado la influencia directa de los grandes pensadores alemanes, fue gracias a las traducciones que se hicieron en el Fondo de Cultura Económica, en las que españoles como Wenceslao Roces, José Medina Echavarría y tantos otros tuvieron influencia decisiva.

En lo que respecta a El Colegio de México, es cierto que José Medina Echavarría, quien aquí estuvo, y con quien todos los aquí mencionados hemos trabajado durante años (en mi caso, cuatro), nos ha enseñado mucho, tanto en su labor cotidiana como en su labor como sociólogo, como persona, como hombre. Yo escribí un libro con Enzo Faletto, que muchos de ustedes conocen, el cual fue publicado por Siglo XXI, y que ya lleva más de treinta, no sé cuántas ediciones. Tuve la osadía de escribir este libro en castellano, pero lo hice porque estaba con Faletto y, además, porque José Medina Echavarría lo corrigió personalmente, con una dedicación increíble. Debo decirles que Medina, en aquel entonces,

miraba con un poco de espanto esa "dependencia" de los latinoamericanos que se han puesto a pensar sobre cosas que, quizás, sean demasiado complicadas, y que no escribían en un estilo clásico, sino en un estilo lleno de adjetivos. Medina era un hombre directo, con una gran sensibilidad, y mejoró mucho el texto. También debo mencionar a Víctor Urquidí, entre los grandes presidentes de El Colegio, porque cuando Marjorie era su mujer hizo la traducción de este libro al inglés. Víctor, personalmente, se hizo cargo de su edición, por lo que tengo razones muy fuertes para estar emocionado en El Colegio de México: aquí he aprendido y, más que eso, han mejorado mis textos.

Yo les agradezco mucho. Sólo lamento no tener mucho tiempo para hablar, porque, como ahora soy presidente, tengo que hacer cosas más complicadas. Cuando era profesor, solamente hablaba; ahora, ya hablé demasiado en el Congreso de la Unión. Para mi presencia de hoy me he retrasado por eso, además de encontrarme con una manifestación en el camino, que en principio pensé que estaba a favor mío, pero no era ni favorable ni en contra, era contra otros, y casi me les uní.

Si me lo permiten, quisiera tratar un tema que creo que está incorporado a la agenda de todos los gobernantes contemporáneos, y que tiene que ver con los esfuerzos que hicimos en los estudios sobre la dependencia. Como muchos saben, me gusta mucho el calificativo de la "teoría" de la dependencia, porque tiene que ver con la globalización de la economía y los riesgos y oportunidades que de ella se derivan, y porque es difícil todavía enfocar este tema, ya que no hay una teoría unificadora; a lo mejor estoy ya demasiado anticuado y todavía busco teorías unificadoras.

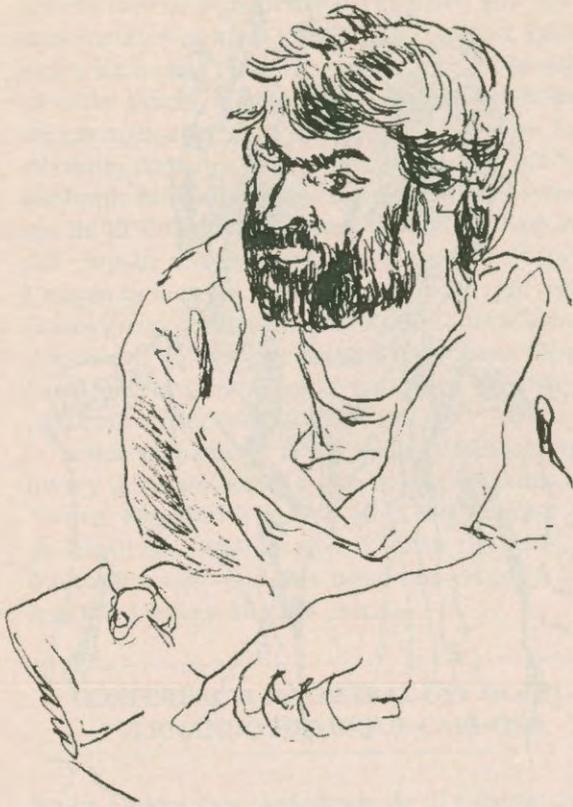
No soy posmoderno. Quiero todavía comprender el movimiento global y no creo que exista un análisis completo que no permita hablar, con más fuerza, en términos sociológicos, de la cuestión de la globalización de la economía. Pero ahora, invocando mi condición de presidente de la República, no puedo esperar que exista una teoría unificadora, porque los intelectuales tienen un ritmo que no es compatible con la toma de decisiones políticas, y yo estoy obligado a tomar en consideración algunos hechos importantes que están pasando en el mundo y que, de alguna manera, condicionan la acción de gobierno.

Creo que no cabe ninguna duda de que hoy en día, después de las extraordinarias transformaciones por las que ha pasado el sistema productivo mundial, ya no es posible pensar en las situaciones nacionales sin hacer una referencia a la situación global y a las tendencias que existen en el plan más generalizado, más universal, y que condiciona, quera-



moslo o no, las decisiones que se toman; creo que tenemos que discutir esa cuestión. Sobre todo porque, de una manera más visible después de 1989, después de los cambios políticos, del muro de Berlín, de la desagregación del mundo de las economías centralmente planificadas, el hecho se tornó imperativo. Que el sistema productivo, hoy en día, no se desarrolle ya con base en un solo país, sino que se distribuye por varios países y bajo controles que no son locales, no es solamente algo que se deba describir al modo de una transformación en la superficie de las cosas; detrás de ese proceso hay cuestiones más profundas que la sola transformación del modo de producción. Mucha gente que tiene formación, incluso marxista, no se da cuenta de que, cuando se transforma un modo de producción, hay implicaciones directas en las relaciones sociales de producción, en las superestructuras ideológicas y políticas. En fin, hay cambios que son muy profundos y que ya ocurrieron.

Me da a veces la impresión, mirando la historia, de que es como si uno estuviera en la situación de las ciencias naturales, en la época en que Copérnico dijo que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra sino al revés, y donde la gente seguía creyendo que era el Sol el que giraba alrededor de la Tie-



rra. O en el mundo del Renacimiento, cuando ya todo había cambiado y mucha gente todavía miraba con ojos que no tienen más que ver con la realidad allí presente.

Yo creo que, de algún modo, nosotros estamos frente a una transformación de fondo, que se produjo durante el presente siglo. Ahora, ya llegando a su final, es tiempo de hacer un balance y ver cuáles son las formas actuales de organizar la producción, de organizar las relaciones entre los países, de estructurar los grupos sociales, etcétera.

Esto no significa que se deba tomar la globalización como si fuera un hecho natural, ni como si fuera algo bueno o malo, sino como un hecho de transformación que tiene consecuencias, unas buenas, otras malas, algunas muy perversas, y frente a las que no cabe una actitud de pasividad, es decir, de ineluctabilidad. No es así; nada es ineluctable.

Esta mañana, en el Congreso, un diputado me preguntaba, precisamente al respecto, cuál es el modo en que encaro la aportación de los científicos sociales latinoamericanos a la sociología, a las ciencias sociales en general, y qué es lo que ha cambiado, y yo digo que no cambió nada; que su aportación es muy valedera en cuanto tal. Es decir, hay que encarar estas transformaciones del mismo modo en que hemos encarado otras. Lo que nos preocupaba en

los sesenta y en los setenta era el comienzo de este proceso pero nosotros no nos percatábamos de sus consecuencias globales. Me acuerdo de que, en el libro al cual hice ya mención, hablábamos de la internacionalización de los mercados, y voy a repetir lo que dije hoy en el Congreso, el cual parecía un seminario intelectual.

Lo que pasaba es que nosotros no nos dábamos cuenta de que la misma internacionalización de la producción estaba cambiando, hablamos de la internacionalización de los mercados, de la comercialización, pero era algo más profundo. Recuerdo que, en aquel entonces, no existía la palabra multinacional; cuando Faletto y yo escribimos este libro, no existía la expresión empresas multinacionales. Eso vino después. Y tuvieron que pasar treinta años para que uno se diera cuenta de los cambios. Entonces se hablaba todavía de *trusts*, de cárteles; todavía estábamos todos enfrascados en la idea de cómo se daría el desarrollo si no invertían aquí. Y efectivamente no querían invertir.

Nosotros estábamos entonces descubriendo que había un comienzo de inversión, y nuestra pelea con los sectores más tradicionales de pensamiento social fue precisamente decir: miren, ustedes se equivocan, acá ya hay un desarrollo, una industrialización de la periferia. Y ¿cómo podría yo negar eso, si era brasileño, y salí de Brasil debido a los militares? Pero no era ciego. Me daba cuenta de que había una transformación, y en Brasil peleé mucho por eso. Me acuerdo de que en México, en un seminario con un compañero nuestro, Ianni me acusaba de estar defendiendo a los militares; pero yo decía que no, que había una transformación, un crecimiento económico, y no querían darse cuenta de ello. Entonces yo decía que el crecimiento económico iba a transformar las relaciones sociales, que iba a crear, como creó, una clase obrera enorme, una clase media expansiva, y en ese entonces la gente no quería reconocer este hecho. Frente a lo que pasaba no teníamos una visión completa del conjunto de transformaciones.

Más tarde generamos otro concepto, "desarrollo dependiente asociado", que ya apuntaba hacia algo más concreto; es decir, si había desarrollo, no se trataba de un "desarrollo del subdesarrollo", sino de un desarrollo; pero éste se daba a la manera de una asociación entre capitales externos y locales, y ya no cabía la antigua idea de que, como no había desarrollo, las fuerzas externas no querían la transformación de la sociedad nacional. No. Existía, había una transformación, había desarrollo, y como el mercado interno se expandía, iba a crear intereses nuevos. En consecuencia, era la fuerza de transformación progresista y no una que restara ímpetu al desarro-

llo. Eso no significa que no haya habido exclusión social, marginación. La transformación no fue una transformación que llevara por sí misma a la democracia; por el contrario. En aquel entonces, la percepción que se tenía era que, precisamente, iban a coexistir esta forma de desarrollo y la exclusión, y la democracia no podía ocurrir en tales condiciones históricas. Yo decía que se puede forzar una tendencia democratizadora en estas condiciones; que no estamos condenados fatalmente ni a la exclusión ni al autoritarismo.

Ahora es igual: hay ya una globalización del proceso productivo, indudablemente, pero eso no nos lleva necesariamente ni a la exclusión ni al autoritarismo ni a la inercia ni a otras opciones. Por el contrario, el mismo tipo de análisis que hice entonces creo que se debe hacer ahora, cuando existe esa tendencia general, globalizadora, ineluctable en el sentido económico; pero eso no significa que no existan reacciones y valores que puedan contraponérsele. En otros términos, no se trata de transformar el mercado en un fetiche. El mercado no es valor, es una realidad y es un instrumento; pero no podemos imaginar que el mercado, por sí mismo, vaya a corregir las distorsiones que la globalización produce, porque no la va a destruir, por el contrario, puede concentrar una serie de efectos negativos y perversos, más concentrados, del ingreso y con mayor capacidad de producir exclusión social. En consecuencia, hay que matizar las reacciones, si se quiere, hacia la crítica de esa situación social y política; hay que organizar una reacción que tiene que ser una reacción política. Si entonces sí me opuse, y sigo oponiéndome ahora, a la idea de la decisión maniqueísta de que, como consecuencia de la globalización, los mercados van a dar el marco de referencia a las sociedades y no hay nada más que hacer, fue debido a que tenemos que valorar la acción política y, a mi modo de ver, es absolutamente inconsecuente imaginarse que, porque existe la globalización, los estados pierden sentido. No: cambian de sentido; no pierden, cambian de sentido. Y, por el contrario, la acción política pasa a tener un peso mayor.

Si se quiere efectivamente contrarrestar los efectos negativos y uniformadores de la tendencia globalizante, el campo de la política es más grande todavía de lo que fue antes; yo diría, incluso, que hay un campo donde los valores, la justicia y la solidaridad tienen un quehacer en el presente momento.

Eso no quiere decir que se menoscaben las transformaciones ocurridas, cuando se habla de la globalización de la economía; de la producción a escala internacional; de flujos de capitales, capaces de una volatilidad extraordinaria que produce a veces da-



ños a economías nacionales. Todo eso es verdadero, pero detrás de ello hay transformaciones que también hacen cambiar los actores posibles, tanto en el juego político como en el control de la transformación nacional. ¿Por qué? En este momento no voy a entrar en muchos detalles debido al límite de tiempo, pero la verdad es que estamos frente a nuevas formas de expansión del capital, de organización del trabajo y de la relación entre el capital y el trabajo. No cabe ninguna duda de que actualmente hay una enorme masa de capitales, y una competencia entre los países por su captación. También se da el proceso contrario, y es que, muy a menudo, esos capitales vienen y se van, son golondrinos. Ya lo sabemos, ¡y cómo lo sabemos!

La verdad es que el capital se independizó de cualquier Estado nacional, incluso de los estados más desarrollados. Ya los bancos centrales no tienen control, y ahora se discute cómo el Fondo Monetario podrá o no contraponerse a esa tendencia y en qué medida vamos a organizar un sistema financiero internacional nuevo —porque el de Breton Woods representa otra época— que tenga la fuerza y los instrumentos necesarios para contraponerse, cuando fuere el caso, a esos capitales.

Hubo allí una especie de separación del capital frente a las estructuras anteriores, incluso estatales;

incluso de los países que eran los países centrales. Claro que estoy exagerando, hay una cierta dinámica, una relación; pero existe este fenómeno que se comprueba a cada momento. Hubo un cambio en la personificación del capital. Y este cambio no se produce solamente en el estrato más alto de extracción; también —y eso es una tendencia que viene desde antes— en el control directo de los capitales.

Cada vez más, los fondos de pensión son los grandes controladores de las masas de capital. Y los dueños del capital no son personas, sino sectores de la clase obrera y de los asalariados. Lo pongo en una forma más amplia, pues participan de este proceso. En este momento, en Brasil, cuando se discute mucho sobre la privatización —es decir, sobre cómo se va a privatizar— normalmente lo que me preocupa, por razones que voy a aclarar, es la forma de pasar el control de las empresas, en manos de la burocracia estatal, a la burocracia pura, sin el gobierno. ¿Por qué?, porque los fondos de los empleados son los que están comprando las empresas privadas, y los fondos han sido formados por capitales del Estado y del Tesoro, que en gran medida han contribuido en una proporción mucho más grande que la de los mismos empleados. Y sin embargo, actualmente, en cualquier privatización se habla mucho del capital externo, que ingresó en forma escasa al país. Este tipo de inversiones nacionales, de hecho, tienen una forma que no se había imaginado antes; se pasa de las manos indirectas del Estado a las manos directas de los empleados por vía de estos fondos, y no hay ningún gran negocio que se haga en la actualidad sin que haya negociación entre empleados; entre gerentes de fondos.

Alguna vez fui ministro de Finanzas del presidente Itamar Franco, y en su despacho tuve una reunión con algunos de los presidentes de estos fondos, y para provocarlos les dije: "Miren, ustedes son la encarnación del capital; yo aquí soy el pueblo, porque yo soy el Tesoro y el Tesoro viene del pueblo, de impuestos, ustedes no, ustedes son la persona del capital". No les gustaba porque ellos eran de izquierda. Naturalmente es verdad, ellos representaban allí el capital que ya no tenía la personificación en la burguesía, por lo menos en la burguesía clásica. Por supuesto que se trata de algo mucho más complicado. No voy a entrar en muchos detalles; solamente quiero darles algunas ideas sobre cómo se puede profundizar en algunos de estos temas.

Paralelamente a estas transformaciones del capital, también el trabajo se ha transformado. El capital variable de pronto se hizo más escaso que el capital constante porque, en gran medida, lo que hace falta hoy es conocimiento especializado. En las grandes empresas se compran personas, ¿no es cierto?,

por altos salarios, por su cerebro, y eso es más que su fuerza de trabajo, porque es su creatividad lo que está en juego, lo cual pasa a tener un valor exponencial en todo un sistema que requiere innovación constante. Es decir, si queremos realmente discutir lo que está pasando en el mundo contemporáneo, para darnos cuenta de hasta qué punto las transformaciones ocurrieron y cuáles son sus consecuencias, tenemos que tener mucha fuerza teórica, mucha imaginación, y no prejuicios.

Lo mismo sucede cuando observo el trabajo. El factor trabajo ha cambiado muchísimo. Toda la gente sabe que la especialización es muy grande. Desde luego, la disminución de las fuerzas obreras es enorme; pero no es el terciario antiguo, sino formas nuevas del terciario. Hay un poco de *putting out system* a la moderna. ¿Qué quiero decir con eso? Que antes de la gran expansión capitalista, durante el periodo manufacturero, la gente realizaba la producción en sus casas y después se hacía el ensamblaje, tal como lo hace hoy día, por ejemplo, la Volkswagen, en una línea de montaje donde los productores de autopartes vienen directamente. Allí, lo que hace Volkswagen solamente es el ensamblaje. También, en el futuro, cada jefe de esa línea va a firmar su nombre en el camión que haga, porque él va a hacer una mezcla de autopartes y tendrá una cierta responsabilidad personal, casi como si se tratara de un renacimiento de la artesanía en la producción moderna más avanzada: son dos quienes hacen la producción. Esa terciarización que se hace en los hogares es entonces una especie de nuevo tipo de *putting out system*, lo cual cambia mucho la composición de los trabajadores, la solidaridad que pueda darse entre ellos, las estructuras de las clases involucradas en un proceso productivo, que muy a menudo no se realiza ya ni siquiera en un solo país, sino en varios. Con la internacionalización de la producción, las partes se hacen aquí y allá: el *marketing* es de un país, la tecnología de otro, la mano de obra de otro. De esta forma, el factor mano de obra se vuelve menos importante; su abundancia ya no es un factor para calificar a un país en la competencia internacional. Lo que hace falta son otros factores, como la tecnología, la preparación del obrero, etcétera.

Se trata de otro mundo, de un nuevo mundo, bueno o malo no sé, pero es un nuevo mundo que tiene consecuencias como, por ejemplo, el desempleo estructural. Y claro está que, desde el punto de vista de quien está en la acción política, no basta con reconocer las consecuencias, hay que actuar. Entonces, creo que, paradójicamente, vamos a ver una tendencia al crecimiento, pero con presión política, de la pequeña empresa, de la libre empresa, del trabajo familiar en el campo, de las formas que no



son de empleo, sino de ocupación. Los gobiernos van a tener que preocuparse por esa cuestión, y desarrollar programas específicos para garantizar la ocupación y el ingreso, porque el modo productivo nuevo, por sí mismo, va a excluir a mucha gente: es excluyente. Por lo tanto, la acción política tiene que contrarrestar esa tendencia y hacer presión en el otro sentido.

Todo lo anterior pone de manifiesto que se necesitan valores, teorías, ideologías, visiones y la necesidad de un liderazgo que no puede ser ya un liderazgo de espacio, lejano y desplazado de los centros fundamentales de elaboración, cuya imagen es la imagen del país. Más todavía, en el pasado se podía imaginar que estos grupos sociales eran portadores de los gérmenes de la transformación futura y tenían ya todo para que su acción coincidiera con el interés general. En cierto momento, la burguesía conquistadora —la *bourgeoisie conquérante*, como dicen los franceses— que hizo la transformación, destruyó el *ancien régime*, y de alguna manera trajo también consigo algo de democracia. Luego algunos se imaginaron que las capas medias tenían la virtud

de garantizar una estabilidad democrática; posteriormente las teorías más revolucionarias creyeron que el proletariado era el que había sido el portador del futuro.

Ahora estamos frente a una fragmentación de todo eso. Ya no existe la garantía de que una clase por sí misma, o un sector, o un segmento, sea el portador del futuro, el que represente los intereses generales. Ésa vuelve a ser una cuestión que tiene que ser políticamente elaborada. Hace muchos años, un alemán llamado Mannheim, que muchos aquí seguramente leyeron, se opuso a las ideas de que sería la clase obrera la que tendría la virtud de la transformación favorable a la humanidad, y propuso que serían los intelectuales los que harían una síntesis dinámica de varias tendencias con mayor capacidad para generar comportamientos hacia el bienestar colectivo.

No estoy diciendo lo mismo, son sectores distintos. No son solamente los intelectuales, pero tampoco se puede imaginar que la clase media se oriente directamente a la democracia. Los obreros también están garantizando la democracia y tienen una fuerte demanda democrática. Tampoco se puede imaginar que solamente la burguesía va encarar la transformación desde un punto de vista progresista, porque no es nada más así; por el contrario, ella también se ha fragmentado, se ha particularizado: perdió su capacidad de ser portadora de una visión de futuro. Todo eso está muy abierto y, por lo mismo, creo que abre espacio precisamente para que la acción política pueda ejercerse de una manera más fuerte.

Eso es fácil decirlo, pero difícil justificarlo teóricamente, y aún más difícil ponerlo en práctica. Y, si añadimos a eso el hecho de que vivimos en sociedades con mucha información (y mucha deformación también), con mucha presencia de los *mass media*, es decir, de la información en tiempo real y de fragmentación brutal de la misma, eso nos indica que algunas imágenes mentales son construidas, lo cual le da importancia a los sectores de intelectuales en el sentido gramsciano, de que son las personas capaces de producir visiones que organicen el conocimiento, la información, y que a nombre de algún valor proponen una organización que sea beneficiosa para la mayoría. En nuestros países esas personas protestan, porque los efectos inmediatos de la globalización van a ser de destrucción de muchas cosas, por ejemplo del sistema de empleo y de la persistencia e intensificación de la exclusión social. La desigualdad es obvia y no se puede pensar que ni el mercado, como dije, ni esas tendencias globalizantes por ellas mismas conlleven una transformación más favorable a la igualdad.

No por casualidad, cuando se busca, por ejemplo, en Bobbio, o aun en Hobsbawm, en su último libro, qué significa actualmente ser de izquierda, van todos hacia el mismo lado: estar en contra de la desigualdad, buscar justicia social, insistir en el deber, ese tipo de valores. Claro que eso nos hubiera horrorizado algunas décadas atrás, porque las preguntas que estarían flotando en el aire serían la clase portadora de eso, cuál es la estructura general que permite afirmar eso; sin embargo, no he visto ninguna otra respuesta, sino afirmaciones de que hay una búsqueda permanente de un valor capaz de contrarrestar las tendencias de desigualdad hacia una situación de bienestar social y de igualdad más grande. Y esto no se puede hacer sin que existan partidos, por malos que sean, por desorganizados que sean, por incapaces que sean muchas veces de darse cuenta de la realidad. Pero no veo cómo se puede organizar una acción constructiva de tamaño grande, sin partidos, sin que exista opinión libre, prensa, televisión, radio y todo ese sistema de internet bien libre, sin que existan liderazgos capaces de proponer caminos, y sin que exista también gente capaz de organizar mentalmente un sistema conceptual, un sistema valorativo, y presentar una imagen del buen gobierno. Es una cuestión clásica, griega, y quizás anterior, es la pregunta: ¿cómo se hace la felicidad de los pueblos? No se puede dejar esta pregunta al margen, por tonta que pueda parecer a primera vista. Eso significa que el liderazgo político en los partidos y en la sociedad —porque la sociedad está fragmentada, pero creó muchas instancias de discusión, negociación y presión— tiene la necesidad de un liderazgo político intelectual capaz de proponer algo que vaya más allá de lo particular.

Les voy a dar un ejemplo muy sencillo y muy actual. Nosotros estábamos discutiendo en Brasil una cuestión que en todas partes se discute, que es la reforma en la seguridad social; asunto muy difícil, extremadamente difícil, porque allí hay intereses, debido a que la seguridad social nos toca a todos. Cada quien desea su jubilación, su beneficio, y es normal que lo quiera. Tienen miedo al cambio, porque no se sabe qué va a ser el día de mañana. Siempre se puede pensar que los gobernantes están allí con alguna idea mala; que, en el fondo, lo que quieren es garantizar más recursos financieros para gastar en la política o en lo que sea. Es una pelea muy dura, muy difícil. Es obvio, también, que hay intereses corporativos organizados que impiden la existencia de un sistema de seguridad que sea sostenido a mediano plazo. Hay un riesgo de quiebra del sistema de seguridad en varios países. En Brasil se da principalmente en el sector público, que es donde hay más privilegios. No sé si saben que, en Brasil, el

que se jubila en el sector público pasa a ganar 20% más, lo cual se considera un derecho, y quien está en contra de eso está en contra de los derechos de los trabajadores. Cuánta distorsión, porque no se pregunta: pero ¿quién paga? Quien paga es la mayoría, que no tiene acceso a eso.

Esa pequeña pregunta —¿quién paga?— lleva a la discusión sobre otra: ¿hay privilegio o no hay privilegio? Si usted tiene y el otro no tiene, y el otro que no tiene está pagando para que usted tenga, ¿es justo eso? Es difícil que esa pregunta tan sencilla sea tomada en serio precisamente por quienes deberían votar por la igualdad, que son los sindicatos, a pesar de la discusión en Brasil. Tenemos dos organizaciones sindicales de importancia: la más importante es la CUT, Central Única de los Trabajadores, normalmente muy cercana al Partido de los Trabajadores, y ahora hay otra que se llama Fuerza Sindical. En Fuerza Sindical ya existía una discusión algo más abierta en relación con el tema; de pronto, un gran líder de la Central Única de los Trabajadores produce una gran discusión en su partido, entre los políticos, los diputados, porque creo que en el fondo se dio cuenta de que no podía defender privilegios y cambió de posición. Y aquí está, cambió el enfoque. ¿Por qué?, porque se dio cuenta de que había que proponer la cuestión por el lado de la búsqueda del interés general, lo cual tiene que ver con mayor igualdad o mayor desigualdad. Para hacer eso se requiere convicción, el conocimiento de la situación; convicción y capacidad para proponer un modelo.

Esto, que a primera vista no tiene nada que ver con lo que estaba hablando de globalización, sí tiene sentido, porque con la globalización, con la organización de los grandes intereses financieros y productivos en el ámbito internacional, una gran parte de la sociedad no tendrá nada que ver con eso, pero va a sufrir las consecuencias del proceso. Y esta gran parte tiene que organizarse, no en el sentido negativo de decir, bueno, vamos a frenar eso, porque no van a conseguir frenarlo; no pueden ni deben, porque no sería progresista; pero tendrán que plantear las preguntas correctas y no las viejas, y no hacer como hicieron los cartistas al romper las máquinas para no aumentar el desempleo. Tiene que ser otra la actitud, y esta actitud requiere un conocimiento más concreto del modo como esa transformación económica inmensa está reorganizando la sociedad, creando nuevas formas de participación, nuevas preocupaciones.

Voy a volver al Estado. No es pensable una transformación del Estado en sí mismo que pueda contrarrestar esas tendencias, sin negar lo que ya tiene de progresista. Por el contrario, hay que renovar el Estado y no liquidarlo, y hacer otro tipo de con-



xión entre el Estado y la sociedad; es necesaria una nueva dinámica. A Manuel Castells le tomé prestada una expresión que me gustó mucho, y que sostiene que las relaciones más dinámicas de la sociedad civil son las que empiezan a manifestarse por intermedio de las ONG, las organizaciones no gubernamentales. Aunque nombre intereses legítimos particulares, esas organizaciones deben transformarse en organizaciones neogubernamentales, no en organizaciones gubernamentales, ya que, de hecho, obtienen recursos financieros del gobierno y su interlocutor es el gobierno.

El Estado, en un principio, no acepta nada; la burocracia no quiere saber de eso; la burocracia lo que quiere es adueñarse de las empresas privadas por la privatización falsa. Lo que quiere es un Estado intocable, al que no se le ponga en tela de juicio; que a nombre de ese Estado se piense que los intereses común, popular y nacional dependen de él y de la burocracia. Ésa es la visión de la burocracia.

Si se quiere una adaptación creativa a las nuevas condiciones de la sociedad contemporánea, es necesario buscar en la sociedad civil, en esas formas no gubernamentales, una acción para contrarrestar precisamente eso que hay de engorroso en las burocracias.

Para que no sólo haya ese dinamismo, mencioné el ejemplo de las neogubernamentales; pero hay múltiples formas de presión de la sociedad, y el Estado tiene que prepararse para dialogar con esa presión. Aquí nos hallamos otra vez ante un problema complicado, no para que el Estado desaparezca, ni para que ellos replacen al Estado, ni mucho menos a los representantes del pueblo.

Con frecuencia, y es normal que así sea, en un principio la presión que viene de la sociedad busca anular las formas representativas; la de los parlamentarios, que siempre están allí en jaque: se dice que los parlamentarios no nos representan, *pero sí representan, ya que tienen la condición precisamente del quehacer general, con la visión más amplia que da, o por lo menos que deben tener, de la fragmentaria*. Pero también a menudo la presión de la sociedad al comienzo viene como si los que están en el comando del Estado no fueran legítimos. Quieren deslegitimar; pero eso no funciona tampoco. Hay que buscar un diálogo en el que se respete recíprocamente el ámbito propio de actuación de unos y de otros, y en un cierto momento, el elemento propio es el gobierno. Éste, incluso, en cierto momento, se personifica en el presidente, quien va a decir sí o no, pese a que en él recaerán las consecuencias. Sin embargo, tiene que decir sí o no en ciertos momentos y no puede ceder a nombre de unos que hablan por la sociedad civil, y presionan porque buscan su propio interés. No, no, no. Si uno puede elegir y tiene una visión del interés general, tiene que defender ese punto de vista; pero tiene que argumentar, tiene que explicar, tiene que estar convencido, y tiene que convencer y desarrollar nuevos roles. Yo creo que eso, en sociología política, requiere mucha información y más análisis, porque están cambiando los roles de los políticos así como las relaciones entre los políticos y la sociedad. Esto tiene que ver con las transformaciones más amplias que mencioné hace un momento.

Voy a darles otro ejemplo, brasileño desde luego (no puedo sino hablar de Brasil por ahora: antes era más libre, ¿no?), que es el siguiente: nosotros eliminamos en Brasil algunos ministerios, como el Ministerio del Bienestar Social. Yo digo siempre un poco en broma, pero un poco es cierto, que teníamos un Estado de Malestar Social, y Pablo González Casanova me retó ayer con que si yo no escribo algo sobre esto, él va a escribir un libro. Pues que lo escriba:

yo no tengo tiempo para hacerlo. Pero el hecho es que liquidamos ese ministerio. ¿Por qué?, porque la forma de relación entre la sociedad y el Estado por su intermedio era clientelista, es decir, que el ministerio disponía de una partida presupuestaria; el ministro o los burócratas podían decir sí o no, y allí se acoplan los intereses de la sociedad civil, y muy a menudo por intermedio de la representación de un congresista que hacía presión, se daba la plata o no se daba la plata. Y eso no es contemporáneo; no está bien; así que lo liquidamos y estamos haciendo otro tipo de organización más complicada, en la cual se busca la organización de consejos municipales y estatales con la participación de la sociedad civil, y de la parte política también, así como de la oposición —lo que molesta a mucha gente— y de los curas —¡por Dios!, van allí para molestar más— y de los sindicatos de oposición. Pero hay que hacerlo, hay que hacerlo.

El político y el gobierno tienen que aprender a dialogar con esta variedad de presiones. Entonces, ¿cuál es la función de los diputados? Ya no es la de presionar al ministro para que libere una partida presupuestaria; es otra: la de criticar la política; la de organizar el grupo en la sociedad, la de ver si los programas están cumpliéndose bien. La decisión, por ejemplo, sobre habitación, ya no se va a hacer más como en los moldes anteriores, en los que la sociedad no opinaba; los alcaldes no opinaban; los regidores no opinaban ni los grupos interesados opinaban; sencillamente se buscaba a alguien poderoso en el ámbito del Estado y un intermediario político llegaba a su municipio. Yo logré eso. Eso es viejo y la ciudadanía se da cuenta; el elector se da cuenta y, poco a poco, los congresistas también se van dando cuenta de que su acción tiene que desarrollarse en otro ámbito.

Bueno, pero así también tiene que cambiar cada uno. Hay que cambiar al burócrata, que tampoco acepta eso, y al tecnócrata, que cree que puede tomar la decisión porque es sabio. Tuve muchas discusiones —el presidente Itamar Franco se ha de acordar de eso— con los economistas, cuando yo era ministro de Hacienda. Tenía la virtud de no saber nada de economía. Porque yo tomé la decisión, con el apoyo del presidente, de que nada sería hecho sin que se le informara al país. Se dieron miles de argumentos para que no se informara, que eran cosas técnicas, que habría especulación; que ganaría la bolsa; etc. Y usé y abusé de la televisión y de mi presencia cuando era ministro (ahora me está prohibido) en la Cámara de Diputados, y los diputados que están aquí saben que es verdad: yo iba y discu-

tía y peleaba y argumentaba, para convencer. Entonces el plan salió, no como plan tecnocrático; cuando salió tuvo el apoyo del pueblo, porque fue un plan discutido en ese sentido; nosotros no tuvimos un gobierno tecnocrático, sino político. Claro que con base en una visión técnica, con discusiones técnicas; pero los procesos de implementación y de movilización de la sociedad tienen que darse por la vía del convencimiento, con base en la argumentación.

Eso cambia el rol de los ministros, y cambia el rol de los jefes de Estado. Actualmente el rol del jefe de Estado es muy distinto, y tiene algo que ver con la comunicación, no puede dejar de tener algo que ver con la comunicación; en cierto momento se tiene que hablar con el país. El país tiene que sentir, simbólicamente, que tiene un rumbo o una expresión en el poder; no solamente que votó. Tiene que sentirse parte de eso, porque visualiza, y es muy complicado para que él simultáneamente dé, a los que están ejerciendo esos cargos, la impresión de que ellos todo lo pueden y tienen poder para todo. Sin embargo, no lo tienen. En cierto modo simboliza, pero eso no significa que puedan hacer lo que quieren. Tienen que pasar por todos esos caminos de la negociación democrática. He hablado sobre eso con algunos jefes de Estado, y he leído algunas biografías para ver cómo va la cosa, porque son roles nuevos que todavía no son tradicionales. Es una acción que no puede limitarse a la acción tradicional de firmar un documento, o de enviar un mensaje a la Asamblea. Hay que tener una presencia más activa.

Bueno, podrán pensar ustedes que ya me aparté demasiado de la globalización; pero la verdad es que no. La verdad que todo eso representa un mundo nuevo, y ese mundo nuevo, que yo creo que puede ser un nuevo renacimiento, depende (porque puede ser un oscurantismo brutal, si dejamos las puertas del mercado sueltas) de una exclusión enorme, si imaginamos que sin Estado se van a organizar las cosas. Nada se va a organizar sin el Estado. Se requiere otro Estado; se requiere del mercado, sin duda, porque el Estado no puede ser remplazado en la asignación de recursos, en la definición y en el control de los precios. Eso no funciona; pero tampoco funciona imaginarse que los demás problemas, que muy someramente he mencionado aquí, puedan resolverse sin que exista un Estado renovado, una política renovada y una sociedad más dinámica. Sobre eso, por lo menos, si no es verdadero, por lo menos creo saber qué hacer. Para justificarnos a nosotros, que somos intelectuales y que somos políticos.

Muchas gracias.

ATADURA Y LIBERACIÓN

José Gil



Esta obra es un panorama de las religiones de génesis y desarrollo indios, hinduismo, sikh, jaina y budismo. Consecuentemente, las religiones musulmana y cristiana, practicadas en la India, están excluidas de esta visión general, aunque representen un porcentaje considerable en los cultos practicados en el subcontinente.

Al mismo tiempo que ofrece una visión de conjunto de aquellas creencias aún vivas, este trabajo es también una síntesis muy bien realizada del tema, cuya utilidad es igualmente importante tanto para quien desee tener un conocimiento introductorio como para quien busque un cuadro sucinto y completo, sin carga excesiva de información ni carencias esenciales acerca de los orígenes, desarrollo, doctrina, personajes, mitos, ritos y estado actual de los grandes y pequeños sistemas religiosos (pues da cuenta de las "sectas" o ramas derivadas de los troncos mayores) que han surgido en el transcurso de los siglos, sin perder mucho de su savia original.

Se añaden a una primera exposición sobria y lúcida de las religiones otra de las filosofías y metafísicas clásicas, sankhya, yoga, nyaya, vaisheshika, mimasa y vedanta, en la que los autores desarrollan los fundamentos del pensamiento especulativo indio en cada una de esas concepciones del mundo, y un capítulo, acerca de los templos, vados y festivales, en el que se da noticia de cómo son erigidos unos, el uso religioso del espacio y cómo y cuándo se llevan a cabo los últimos.

Es una gran fortuna poder contar con un libro co-

mo el de Lorenzen y Preciado; difícilmente se encuentra una exposición tan diestramente decantada del complejo mundo de las religiones indias. Aun en el caso de ser una obra de divulgación, el desafío de alcanzar tan diversos objetivos como los que encierra este texto parecería casi imposible, pero los autores han demostrado saber usar sus recursos para concretarlos en un trabajo de especial trascendencia.

La obra se inicia con un capítulo sobre los primeros habitantes de la India, aquellos que formaron la civilización Harappa, 6000 años a.C., en la ribera del río Indo. Los restos arqueológicos y las grandiosas escrituras de este pueblo permiten conjeturar acerca de posibles nexos con el hinduismo posterior, como por ejemplo, el uso del agua en las purificaciones.

Hacia el segundo milenio a.C., una rama de los indoeuropeos, los arios, conquistaron a los descendientes de los habitantes de los primeros asentamientos en el Indo y se extendieron hasta el este. Los indoarios llegan con una religión constituida y cuya parte litúrgica, los himnos, serán la base de los textos religiosos conocidos como los vedas, libros de los cuales el más famoso es el *Rig Veda*.

La religión de los indoarios se caracteriza por sus sacrificios a los dioses, sobre todo el del soma (jugo de una planta posiblemente alucinógena), vertido sobre el fuego (agni) y, por otra parte, bebido en el rito por los sacrificantes.

Con los indoarios llega a la India el dios Vishnu, que tiene un papel destacado en el hinduismo, reli-



gión desarrollada posteriormente. Para ese entonces Vishnu es un dios solar, protector de los nacimientos, de importancia cósmica.

Otro dios indoario es Rudra, conocido después como Shiva, aunque más que un dios se representa cercano a la figura de un espíritu maligno que puede causar males con sus flechas o puede curar a los enfermos. El profesor Lorenzen apunta que "es probable que ya el Rudra del *Rig Veda* cuente con elementos de las religiones aborígenes en su personalidad, y ésa podría ser una de las causas de la ambigüedad en su carácter, a la vez terrible y benéfico".

Aparte del sacrificio del somá y el fuego y otros sacrificios rituales, la religión indoaria posee en su liturgia sacramentos, de los cuales los más importantes son los de iniciación (con un maestro), el matrimonio y el funerario. De ellos perduran en el hinduismo algunas influencias.

Entre las escuelas no védicas, destacan el budismo temprano y tardío y el jainismo.

En el *Rig Veda* están presentes las especulaciones cosmogónicas y metafísicas, pero no es sino varios siglos después, con las *Upanishad*, que aparecen como fundamentos de las religiones. En el hinduismo estos fundamentos serán el *atman*, el *karma* y la trasmigración. El budismo negará el *atman* (alma) y conservará, al igual que el jainismo, el *karma* y la trasmigración.

El budismo aparece hacia 485 a. C. con la muerte de Siddhartha Gotama (*Buda*: "el Iluminado"). Ashvaghosa, poeta indio del siglo I o II d. C., escribió el *Buddacarita* (*Hechos del Buda*), libro en el que narra la vida del príncipe Siddhartha en una mezcla de leyenda y realidad que ha llegado hasta nuestros días.

En esta obra, Ashvaghosa cuenta el fantástico nacimiento del príncipe, hijo del rey Shuddhodana y de la reina Maya de la tribu de los sakyas en Kapilavastu. Maya concibió al Buda mientras soñaba con un elefante que entró en su costado. Siete días después del nacimiento del niño, Maya murió. El padre se casó con una mujer llamada Prajapati, quien sería la primera mujer que abrazara el budismo después de la iluminación del Buda y la fundadora de la orden de monjas budistas. Ella se encargó de la crianza del príncipe.

Los adivinos pronosticaron que el pequeño sería un emperador universal o bien un gran iluminado, un Buda. Para evitar lo segundo, el padre lo confinó a un castillo lleno de mujeres, lujos y placeres. Siddhartha se casó con Yashodhara y tuvo un hijo, Rahula (nombre que significa "atadura"). Por entonces tuvo lugar un paseo en que el príncipe vio en las calles de la ciudad cosas que nunca antes había visto: un viejo, un enfermo, un muerto y un asceta. Esa noche se convirtió en un renunciante, huyó de su casa y se fue con los mendicantes. Tenía 29 años.

Después de llevar una vida de asceta junto con cinco amigos, renunció a las penalidades, que reprobó, y se sentó bajo un árbol *pippal* (también llamado *ashvattha*, conocido después de su iluminación como árbol *bodhi*). En él, después de un combate con Mara ("Muerte" o demonio de la tentación), obtuvo el conocimiento por sí mismo de la liberación o iluminación. Tenía 35 años. A partir de ese momento se dedicó a transmitir el medio de alcanzar la liberación del sufrimiento por medio de la exposición de las cuatro nobles verdades y el noble camino óctuple. Sus antiguos amigos fueron sus nuevos discípulos, fundadores de la *sangha* u orden monástica. Buda predicó el resto de su vida hasta su muerte a los 80 años. Su doctrina se expandió por el lejano oriente y se diversificó en dos grandes escuelas, la honayana y la mahayana. El profesor Lorenzen sólo menciona, dentro de esta última, el tantrismo y no se refiere, tal vez por ser un producto no indio, al budismo chan o zen, desarrollado en China y Japón principalmente.

El jainismo fue creación de Mahavira, que según la tradición murió a los 72 años, entre 528 y 525 a. C. Al igual que el Buda, perteneció a una familia noble de la clase *khsatriya* o de los guerreros. Al morir sus padres, cuando tenía treinta años, aban-

donó a su esposa e hija y se hizo asceta. Bajo el árbol *shala* llegó a la iluminación. Después predicó el sermón de los cinco Grandes Votos y practicó la vida austera hasta su muerte.

El budismo y el jainismo se oponen tanto al hinduismo como a la religión védica. El budismo busca la erradicación del sufrimiento por medio de la renunciación de los deseos, origen de las apetencias que derivan en las pasiones, fuente de toda miseria y dolor. No se trata sólo de una ética (*sila*), sino de una ontología, ya que el desapego del mundo conduce a una forma diferente de aprehender la realidad, haciendo que las ilusiones (*maya*) conceptuales desaparezcan en aras de la verdad, que es un conocimiento intuitivo, directo e incommunicable de los fenómenos.

El *atman* es negado por el budismo y el jainismo en favor de un cuerpo esencial comparado, tal como se expresa metafóricamente, con la llama de una vela transmitida a otra. En cambio, ambos conservan los principios, compartidos con el hinduismo, de la trasmigración y el *karma*, una ley causal que transfiere en las encarnaciones sucesivas los méritos y defectos cometidos en la vida anterior, hasta que toda mala acción sea superada y por medio de la negación de sí mismo se llegue a la iluminación o cese de reencarnaciones, permaneciendo en un cielo en estado de conciencia pura.

El hinduismo se basa socialmente en un sistema de castas, pero en la India los términos para comprender esta situación son *varna*, que equivale a clase, y *jati*, que viene a ser la casta propiamente dicha.

Es "en el Rig Veda donde esta división social recibe una legitimación religiosa. Se dice que cada clase surge de diferentes miembros del hombre primordial que se sacrifica para crear el mundo: los brahmanes (pensadores y sacerdotes) de su cabeza, los kshatriya (guerreros y gobernantes) de sus brazos, los vaishya (agricultores y comerciantes) de sus muslos y los shudra (obreros y sirvientes) de sus pies. Desde una fecha bastante antigua se agrega a esta división una quinta clase, la de los intocables, que son tradicionalmente los que se ocupan de las profesiones que se consideran ritualmente impuras".

Las castas se dan por nacimiento; se trata de un concepto endogámico, es decir, las clases sirven para ubicar los nacimientos. Los padres nacidos en la clase brahman son de una casta superior. Aparte de la endogamia existen otros dos parámetros sociales jerárquicos que se deben observar: la comensalidad y la exclusividad de pertenecer a ciertas profesiones y empleos. Estas dos últimas condiciones existen actualmente en forma discreta o relajada. Las castas sociales son determinaciones emanadas



de la ley del *karma* en la trasmigración; por tanto, se trata fundamentalmente de un designio divino, un destino "natural".

El hinduismo está regido por los cuatro fines de la vida: *dharm*a, *artha*, *kama* y *moksha*. *Dharma* se refiere a todo lo que rige, es un concepto que abarca la totalidad de la vida humana, pero particularmente se refiere a la ley y la legalidad, a lo que es correcto y apropiado para cada circunstancia. *Artha* se refiere a la finalidad y el orden natural. Rige en el mundo del gobierno o de la finalidad de la ganancia. Allí donde el poderoso tiene poder sobre los débiles actúa *artha*, limitando el abuso por el castigo y la coerción. También actúa en innumerables casos en que la finalidad debe verse con criterio de causa a efecto, con consideración. *Kama* significa "el placer" y así como el yoga tiene su Patanjali para establecer los preceptos que rigen las prácticas del yogin, *kama* tiene a Vatsyayana para articular el código de los placeres sensoriales y eróticos en el *Kama Sutra*. *Moksha* es el más sutil de los cuatro fines, ya

que se dirige a la liberación del ciclo de los renacimientos. Es un concepto que se opone a los anteriores, puesto que es el que va más allá de la vida, el que la niega y tiene puestas sus miras en otra realidad, alejada de la vida. Comenta el profesor Lorenzen: "Lo más probable es que *moksha*, como parte del esquema de los fines de la vida, no fue introducido sino posteriormente a la filosofía de las *Upanishad* y a la propagación del budismo y el jainismo. Estas tres filosofías niegan el mundo y sus valores y buscan una salvación en otra realidad, en la verdadera existencia, que no se define sino como liberación.

No comentaremos ya, por motivos de espacio, el panteón hinduista, uno de los capítulos más ricos, que muestra el poder generador de mitos maravillosos, de gran fecundidad imaginativa, psicológica y poética, con los que fue dotado el espíritu indio.

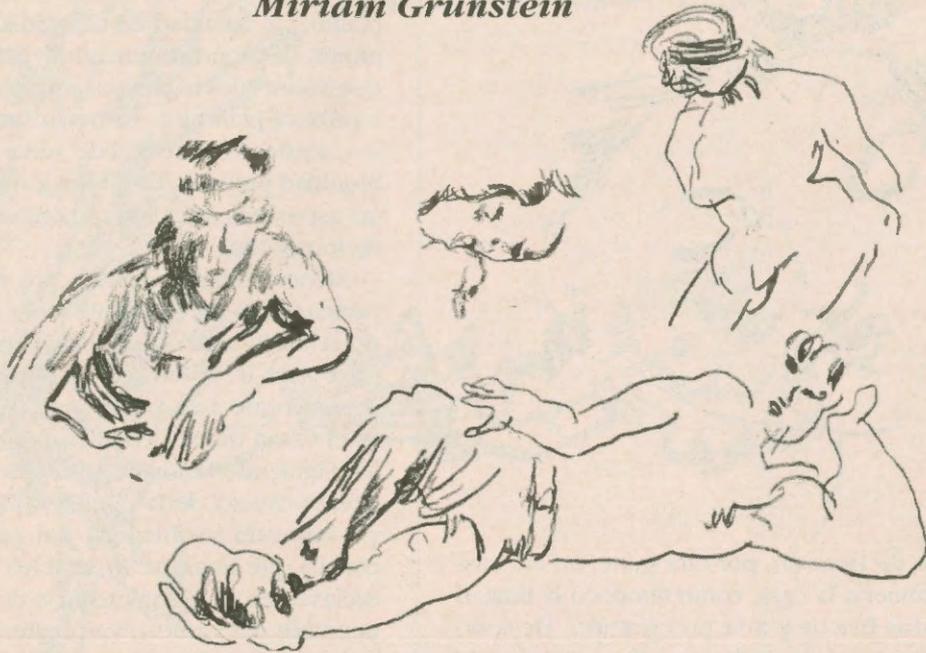
A sabiendas de lo incompleto de este breve resumen, sólo me resta invitar al lector a conocer el estupendo trabajo que en este libro han realizado sus autores, dos magníficos hinduistas.

David N. Lorenzen y Benjamín Preciado Solís, *Atadura y liberación. Las religiones de la India*, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 1996, 204 pp. + 32 pp. de ilustraciones en color.



LA MEMORIA Y SUS TEXTURAS

Miriam Grunstein



No es común que los libros deleiten tanto por su temática como por su estilo. Pues bien, *Mujeres, diosas y musas. Tejedoras de la memoria*, de Margarita Dalton Palomo, que presenta el Programa Interdisciplinario de la Mujer de El Colegio de México, goza a pasto de esta doble virtud. Iniciando con un análisis inteligente y muy sutil de la imagen de la mujer en la *Iliada* y la *Odisea*, Margarita Dalton recorre el repertorio de atributos del personaje femenino en dichos poemas épicos, observándolo con la atención de quien escucha el canto de las sirenas. Con ello no queremos decir que el asombro ha enturbiado el juicio crítico de la autora. Al contrario, estos atributos son analizados con el mayor rigor académico al ser vinculados con las categorías del conocimiento sociopolítico, filosófico y literario.

Tenemos, entonces, un trabajo interdisciplinario que logra desmenuzar algunas ideas fundamentales de lo que en occidente se ha pensado que "es propio de la mujer". Sin embargo, y como bien señala Elena Urrutia en la introducción, lo "propio de la mujer" es en verdad un sintagma muy vago que "no se refiere a la biología ni a la gramática, sino a un conjunto de funciones, sentimientos, cualidades, actos, etc.," de un contexto social específico.

Los conjuntos aquí mencionados provienen de algunos textos clásicos griegos de Homero, Hesiodo, Platón y Aristóteles. En cada uno de ellos se formula un tipo de ideal que ocupa desde los terrenos de la domesticidad a las alturas de la inmortalidad. Me-

dante la síntesis de este tipo ideal, Margarita Dalton ensambla el registro de los comportamientos posibles que se le atribuyen a la mujer, mismos que señalan los límites de lo que la mujer puede o no ser, de lo que puede o no hacer, de lo que debe y quiere ser.

En el mundo homérico, la casa es la única esfera que es propia de la mujer. Entretenidas por los oficios domésticos, las manos femeninas pasan del telar a la rueca, de la cocina al baño. En este mundo suave, alejado de las fricciones del mundo viril, habitan aquellas que, por su misma belleza, son incapaces de responder a una agresión. La mujer homérica, más que otra cosa, es bella y débil. Como Afrodita, la mujer no es una diosa hecha para el combate, sino para la preservación de una idea de feminidad.

La feminidad, asimismo, se funda en ciertas características que parecen estar "implantadas en el código genético" de la mujer. Lo femenino justifica un comportamiento inexorablemente dependiente, temeroso, ambivalente, inepto, carente de inteligencia y falto de identidad. Esta subestimación, y la reducción de la mujer a un esquema estático, se encuentran inmersas en un discurso que sujeta el papel femenino a la mera complacencia y a la procreación. La virginidad, por ejemplo, es el certificado que avala a la mujer joven hasta que es entregada al futuro marido. "Ésta es la *prueba de propiedad* absoluta de los productos que de aquel vientre salgan." Así, la virginidad da fe del valor de la mujer como objeto deseable.



Los textos de Hesíodo, por otra parte, no circunscriben a la mujer a la casa, como tampoco la limitan a los encantos físicos y a la procreación. Hesíodo maquilla a la mujer de atributos sobrenaturales en su intento de explicar la presencia de la maldad y bondad en el mundo. Como señala Dalton Palomo, la mujer hesiódica es un ser asexuado a fuerza de la mitificación total de su persona. Más que seres de carne y hueso, las mujeres de Hesíodo son fuerzas positivas y negativas, según la filiación que sostengan con los protagonistas. En suma, Hesíodo no habla directamente de las mujeres, sino del poder representativo de lo femenino en el universo de los hombres.

En la *República* de Platón, las mujeres corren con mejor suerte que los poetas. No son hechiceras ni santas, sino seres con capacidad de raciocinio pero más débiles que los varones. Muchos se han sorprendido ante el grado de evolución ideológica de Platón que, al contrario de muchos de sus misóginos congéneres, le otorga un sitio de igualdad a la mujer no obstante su supuesta mayor debilidad. Sin embargo, ni la igualdad ni la debilidad de lo femenino en los textos de Platón deben ser tomadas al pie de la letra.

Margarita Dalton señala que Sócrates, al referirse un tanto burlescamente a la cuestión de la mujer en la sociedad perfecta, no se refiere a todas las "hembras humanas" sino sólo a una fracción muy selecta de ellas. Dice Dalton que "sólo hay una élite de mujeres que pueden ser iguales a los hombres, y para ello necesitan una educación similar". Esta educación, según Sócrates, debe ser andrógina, pero ¿cómo impartir una educación igual a un grupo de seres pensantes que son constitutivamente más dé-

biles? He ahí una contradicción que ni la misma elocuencia socrática es capaz de esconder.

Bien dice Dalton que Platón, como pionero en plantear la igualdad de capacidades del hombre y la mujer, es digno de encomio. Sin embargo, no hay que sobrevalorar el lugar asignado a la mujer en la república platónica. La mujer, más que para sí misma, existe en tanto puede servir al varón y a la comunidad perfecta. La educación virtuosa ha de limar las asperezas del alma femenina, claro está, dentro de lo posible.

Menos empático resulta otro de los patriarcas del pensamiento de occidente. Para nadie que haya leído la *Política* de Aristóteles es un secreto que el filósofo no le atribuye a la mujer un ápice más de sensatez que a su yegua predilecta. Por eso mismo, es el varón quien debe llevar las riendas de la familia. Siguiendo la lógica aristotélica, el "hombre es el jefe, la cabeza de la familia, quien piensa por todo y administra los bienes". Tal parece que en la sociedad que imagina Aristóteles, la mujer, como el esclavo, es un elemento más del patrimonio indispensable del virtuoso varón ateniense. Así, a la mujer no se le asigna jerarquía alguna aun dentro del espacio doméstico. A causa de un *logos* naturalmente incompleto, la mujer aristotélica, al igual que el esclavo, goza tan sólo de la "facultad deliberativa desprovista de autoridad". Es decir, tiene razón suficiente para captar órdenes, mas no para darlas ni para hacerlas valer.

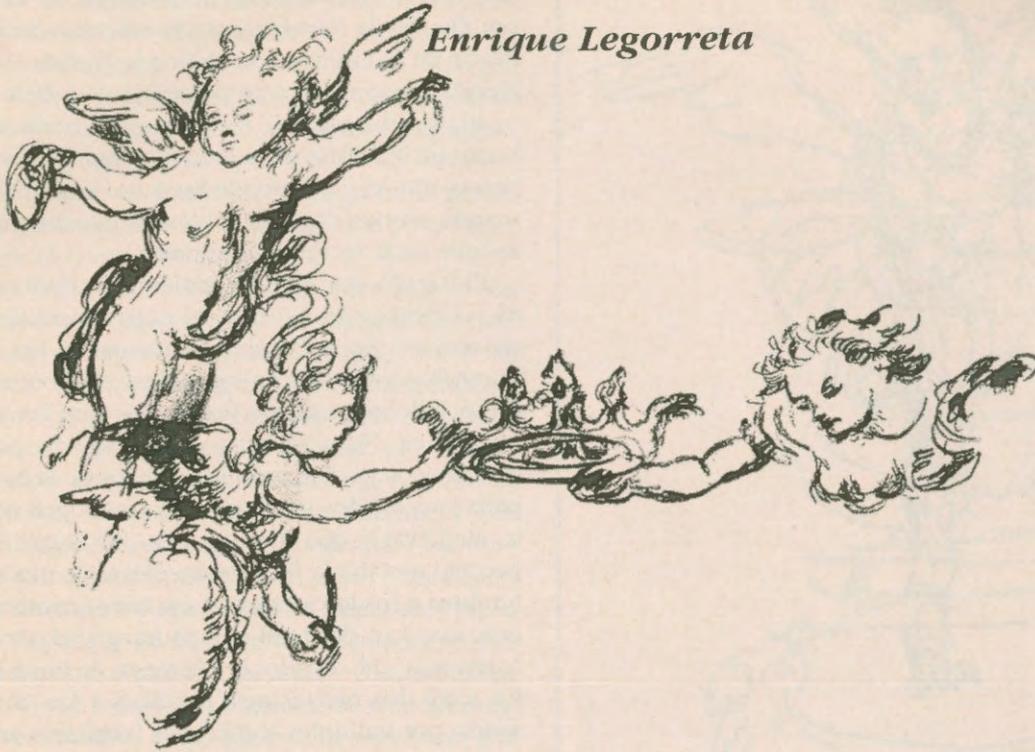
De esta manera, la cualidad intrínseca de la mujer es el silencio. Para armonizar con la naturaleza dominante del contrario, la mujer es y debe ser receptiva. Al igual que Homero y Hesíodo, Aristóteles se adhiere a un tipo ideal de mujer del todo convencional: silente, servil y subordinada. La mujer, más que un sujeto dotado de cualidades, es la negación de lo viril. La mujer es así en tanto *no es* como un hombre.

He aquí un estudio del cual no podemos prescindir. De nada nos sirve negar la validez del discurso patriarcal sin un entendimiento crítico del mismo. *Mujeres, diosas y musas* de Margarita Dalton Palomo desempeña un papel importante en la construcción del aparato que neutraliza los lugares comunes en los que habita el mito de lo femenino. Por su rigor crítico y su sagacidad interpretativa, la obra de Dalton Palomo corrobora que el silencio de las mujeres no es bello ni virtuoso. Virtuosa es la inteligencia que logra dismantelar las mitificaciones que han sobrevivido a lo largo de la historia.

Margarita Dalton Palomo, *Mujeres, diosas y musas. Tejedoras de la memoria*, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 1996, 440 pp.

LA HERENCIA MEDIEVAL DE MÉXICO

Enrique Legorreta



Luis Weckmann, doctor en historia e importante diplomático mexicano, tardó treinta años en preparar, documentar e imaginar *La herencia medieval de México*, obra que es producto de un examen sumamente extenso de las fuentes primarias y secundarias de la historia de la Nueva España relativas al periodo que va desde la expedición de Hernández de Córdoba (1517) hasta mediados del siglo xvii.

La idea central del libro es la continuidad entre la Edad Media europea y la colonización del Nuevo Mundo. Weckmann describe cómo los primeros conquistadores, pobladores y misioneros españoles de América introdujeron el pensamiento y la conciencia medievales en las nuevas tierras. La cultura que traían consigo los nuevos pobladores era esencialmente medieval y significó un florecimiento en América de los ideales y las instituciones de la Europa medieval. Para Europa el descubrimiento de América es un punto de referencia que indica el fin del medioevo: los nuevos descubrimientos científicos y las nuevas formas de organización encontraron un cauce y un impulso insospechado. Sin embargo, el pensamiento medieval y muchas de sus cristalizaciones políticas y sociales, ya entonces en decadencia, tropiezan, en las costas recién descubiertas, con el espacio y las condiciones para un nuevo renacer.

Cristóbal Colón, el último de los viajeros medievales, nunca supo que había puesto pie en un nuevo mundo. América fue en un principio sólo un archipiélago asiático, y las islas y tierras descubiertas una infinidad de lugares heredados de las tradiciones de la Edad Media, de las narraciones bíblicas y de las leyendas de la antigüedad. Lugares míticos y fabulosos que espolearon a los conquistadores. Mito y realidad se confundían; se perdían uno en otro, para formar la trama de un mundo en el que se encajaban los sueños primigenios y las viejas pesadillas junto a las nuevas realidades. La América observada nacía en ese entonces de los sueños, las esperanzas y los miedos que se encontraban de antemano en el acervo cultural de los conquistadores. América era un fantasma que poco a poco iba tomando forma, la forma de los mitos.

Era la época de los grandes descubrimientos y, sin embargo, los conquistadores se consideraban caballeros andantes en lucha contra los malandrines y nigromantes. En las guerras contra los indígenas aparecen Santiago —el patrono de España—, la virgen y los ángeles apoyando al ejército conquistador; a la vez, del lado indígena pelean Satanás y los demonios. Reminiscencias de las tradiciones homéricas, ciertamente; pero sobre todo de las cruzadas. El conquistador antes que ser español era cristiano, y como



tal prefería nombrarse; los templos indígenas eran descritos como “mezquitas” y los indios identificados como “alárabes”. En este sentido, Fernández de Oviedo llama a la hueste de Hernán Cortés “ejército cristiano”. “La conquista española —dice Silvio Zavala, sabio historiador que prologa la obra—, viene a cerrar el ciclo medieval de las cruzadas.” Los franciscanos, por ejemplo, son soldados de la fe, armados con la espada de la divina palabra. “La conversión del reino nazarí de Granada —dice Charles Verlinden, quien hace la presentación del libro— es una prefiguración, con sólo treinta años de anterioridad, de la conversión de México.”

Es la época de los grandes descubrimientos, durante la cual Europa comienza a abandonar la vieja cásca medieval, pero en la que, no obstante, persisten las esperanzas milenaristas, las experiencias místicas, las mortificaciones de los flagelantes, los milagros y los prodigios. En los primeros capítulos del libro asistimos a un mundo fantástico, de geografía imposible —“geografía visionaria” de América, la llama Silvio Zavala—, poblada de innumerables monstruos y quimeras, un mundo que respondía, acaso, a la ignorancia y al exceso, pero que tenía su base no sólo en la imaginería medieval, sino también en la necesidad humana de remitir a imágenes conocidas aquello que es nuevo, que es inédito. Por ejemplo, Cristóbal Colón creyó encontrar el paraíso terrenal, así como la “Antilla” que figuraba en los mapas del

Océano Tenebroso, isla que “en llegando a ella se desaparece”. Sabemos de la búsqueda de *El Dorado* por Pánfilo de Narváez y otros, así como de la expedición de Juan Ponce de León a la Florida —“isla de Florida”, que aparece como sucedáneo de la fabulosa isla de Bimini y de su fuente de Juvencio—, en busca de la fuente de la eterna juventud. Las nuevas tierras eran el lugar donde los mitos encarnaban, tomando cuerpo, como si la fantasía humana fuese antes que nada recuerdo y testimonio.

El legado que nuestro país ha recibido del Medioevo forma parte aún de la experiencia diaria del mexicano. En múltiples aspectos —dice Weckmann— somos más “medievales” que buena parte del occidente, y desde luego más que los propios españoles. Numerosos rasgos jurídicos, políticos, económicos y sobre todo ideológicos de la Nueva España en los siglos XVI y XVII tienen un origen netamente medieval y una investigación histórica detallada permite percibir la filiación medieval de modos, costumbres e instituciones casi exclusivamente mexicanos, que van desde el compadrazgo, el abrazo, las “calaveras”, el corrido, la charrería, la lírica infantil, los toros, los matachines, la piñata y los “ates”, pasando por múltiples locuciones familiares arcaizantes; y desde el *sermo rusticus* de la provincia mexicana y no pocas picardías, hasta el juicio de amparo y el artículo 27 constitucional, florón postrero del quinto real y del derecho del señor feudal a los tesoros encontrados en las tierras de sus vasallos.

La cosmovisión de la Nueva España, no sólo en el siglo XVI sino después, fue la misma que la de los padres de la Iglesia, con la tierra suspendida entre el cielo y el infierno. Todavía al iniciarse el siglo XVII, en la Nueva España, las esferas celestes eran impelidas por los ángeles, giraban en torno a la Tierra, centro inmóvil y explicación del universo, produciendo música celestial. “Los cielos son redondos y huecos, y muévenlos los ángeles”, informa fray Pedro de Córdoba, cuyo *Manual de Doctrina* fue impreso en México por órdenes de Zumárraga en 1544.

El nominalismo y el realismo trasladaron del Medioevo europeo a la Nueva España las disputas escolásticas entre los discípulos de Santo Tomás de Aquino y de Duns Escoto, que repercutieron desde un principio en los textos de los primeros colegios y en los métodos de la labor misional.

En el arte de la Nueva España, principalmente en la arquitectura, continuarán las corrientes aún vigorosas del gótico, del mudéjar e incluso del románico metropolitanos. La arquitectura conventual del siglo XVI en la Nueva España, en palabras de Manuel Toussaint, es como la última expresión de la Edad Media en el mundo.

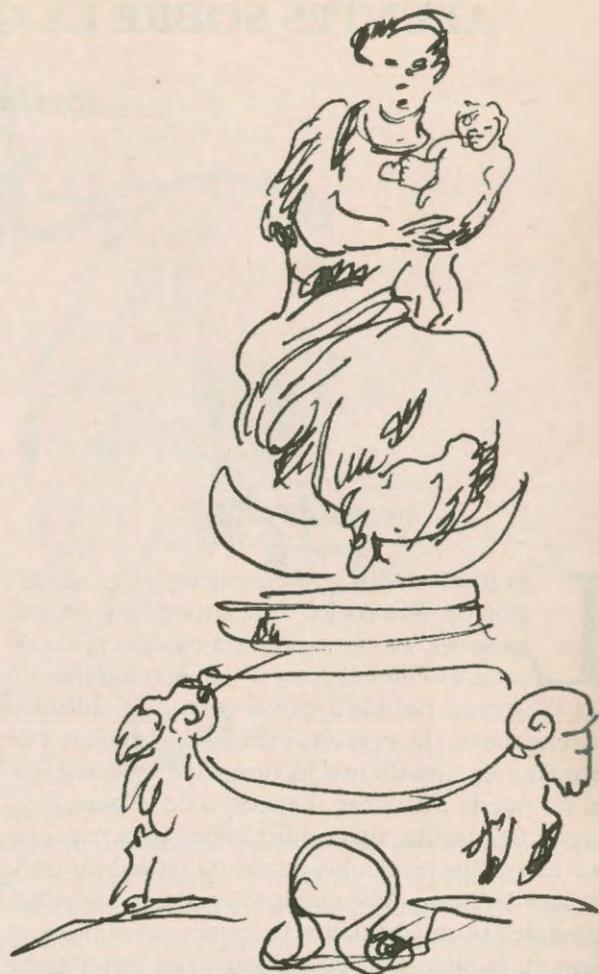
El Nuevo Mundo se presenta en los albores de la historia de occidente como el teatro geográfico idóneo para realizar las grandes expectativas medievales. La conquista de América —dice Weckmann— no significó tan sólo la transmisión, por parte de Europa, de instituciones medievales sino, en algunas ocasiones, el renacer de éstas, como fue el caso del señorío y del cabildo que, en franca decadencia en la península, adquirieron carta de naturalización y nueva vigencia en el continente americano.

Esta conclusión de Weckmann acerca de la herencia medieval de México se asienta sobre la base del espíritu de cruzada de los conquistadores y misioneros; la cosmovisión de la Tierra suspendida entre el cielo y el infierno, mientras que las esferas celestes son impelidas por los ángeles; el enfrentamiento entre cristianos e infieles, el milenarismo de los religiosos, las disputas entre nominalistas y realistas; la magia, la astrología, la medicina y las ciencias naturales; las formas de arte gótico, mudéjar y aun románico; en suma, sobre el "arcaísmo" de la vida en España y en la temprana Hispanoamérica con instituciones, valores, creencias y costumbres de la Edad Media todavía en vigencia, lo cual alcanza, entre otros campos, el del idioma, los romances y la literatura caballerescas; el teatro popular, las danzas de moros y cristianos y las danzas macabras, y la música.

La tradición se presenta siempre como algo verdadero, como cristalización oscura e inmutable. La cultura, la herencia recibida, aquello que cada generación humana encuentra como dado no es, en general, puesto en tela de juicio por la sociedad. La herencia es asumida como parte de nosotros mismos ya que es nuestro pensamiento, lo que somos. Sospechar, como lo hace Weckmann, de todo aquello que se presenta, que perdura en la conciencia como verdadero, como natural y espontáneo, es cuestionar nuestra propia realidad, lo que somos; porque somos nuestros valores, lo que valoramos. Descubrir la genealogía, el origen de los valores, de la cultura, de las tradiciones y demás implica, en un amplio sentido, la destrucción de esos mismos valores. Valores que nos rodean, conformando una prisión, y que impiden la aparición de lo que es nuevo y, por lo tanto, sagrado.

Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón (Mateo, 6:21). Llevar a la conciencia, abiertos y descarnados, los valores que fecundan nuestra piel, de alguna manera obliga a un cambio, a una transformación de esa misma conciencia.

Con todo, esta obra pone de relieve la herencia medieval de México, con sus abundantes valores, tradiciones, cargas y servidumbres. Weckmann no intenta hablar, salvo por comparación, de otras he-



rencias. ¿Dónde comienza la historia de México? ¿Dónde nacen tradiciones y costumbres que aún ahora impregnan la piel de cada día? En medio de nuestras grandes ciudades que se nutren de los últimos desarrollos tecnológicos, encontramos aquí y allá, a veces en los lugares menos imaginados, las huellas de un pasado que fue traído a estas tierras principalmente por los inmigrantes españoles del siglo xvi; pero, después de todo, no son sólo la España del siglo xvi y los pueblos indígenas de América —que a su manera se fundieron con esos valores— los que alimentaron la cultura de esos siglos que llamamos época colonial. Nuestras raíces tienen también otras fuentes, rozan otras culturas y parecen estar suspendidas de puntos invisibles y, por ello mismo, a veces insospechados.

Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2a. ed., Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1994, 680 pp.

APUNTES SOBRE LA CORRECCIÓN DE ESTILO

Rosina Conde

INTRODUCCIÓN

Las instituciones académicas tienen la obligación de difundir los resultados de sus investigaciones, así como de dar a conocer obras de carácter cultural tanto al público interno como al externo. Debido a que el personal académico invierte mucho tiempo en el análisis de su objeto de estudio y en actualizarse teóricamente, por lo general no puede dedicarse al ejercicio de la gramática, y, con frecuencia, tiene dificultades para expresar por escrito los resultados de sus trabajos de investigación. A esto se debe que los departamentos editoriales de las universidades y centros académicos se vean en la necesidad de auxiliar a sus investigadores en la redacción final de sus documentos y de ajustarlos a las normas de la gramática y los criterios editoriales de la institución.

El lenguaje académico o científico es un lenguaje denotativo desprovisto de emoción. Teóricamente, un texto con estas características utiliza la lengua, no como un fin en sí mismo, sino como vehículo para transmitir conocimientos sin perjudicar al lector respecto de sus intenciones; debé plantear de la manera más precisa y detallada todos los elementos que permitan el esclarecimiento de su objeto de estudio, y no puede permitirse la posibilidad de la duda ni el oscurecimiento de su objetivo. Por lo mismo, los discursos académico y científico tienen "poca libertad para escoger o intercambiar palabras, muchas de las cuales son conceptos y categorías que se crean, afinan y transforman con el desarrollo científico o tecnológico".¹

La etapa más conflictiva del proceso de producción de una revista y un libro académico es la correspon-

diente a la corrección de estilo, porque afecta el amor propio del autor, quien puede sentirse censurado o mutilado. Por un lado, la censura, en lo que se refiere a los libros, no existe en México. Únicamente para el caso de las revistas tenemos una comisión especializada (la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación) que autoriza o desaprueba sus títulos y contenidos, así como una *Ley de imprenta*; sin embargo, la comisión no tiene, generalmente, nada que ver con las revistas académicas, salvo en el registro de sus títulos. Por el otro, la corrección de estilo, en ocasiones, es considerada una forma de mutilación; el problema se presenta cuando se efectúa sin la autorización y supervisión del o de los propietarios intelectuales de los textos, ya que se halla penada por los derechos de autor, formulados por la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual en el Convenio de Estocolmo del 14 de julio de 1967, y ratificados por México en su *Ley de legislación sobre derechos de autor* en sus artículos cuarenta y tres y cuarenta y cuatro.

Art. 43.- El editor no podrá publicar la obra con abreviaturas, adiciones, supresiones o cualesquiera otras modificaciones, sin consentimiento escrito del autor.

Art. 44.-El autor conservará el derecho de hacer a su obra las correcciones, enmiendas, adiciones o mejoras que estime convenientes antes de que la obra entre en prensa.

De acuerdo con el Convenio de Berna, entre los derechos de autor se encuentra el derecho al respeto y la integridad de la obra, el cual permite "impedir cualquier cambio, deformación o atentado contra ella".² Este derecho se encuentra fundamentado en el respeto a la personalidad del creador que se manifiesta en la obra, y en el principio de que su pensamiento no sea modificado o desnaturalizado;³ sin

¹ Roberto Zavala Ruiz, *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*, México, UNAM, 1994, p. 397.

² Delia Lipszic, *Derecho de autor y derechos conexos*, Bogotá, UNESCO/Cerlalc/Zavalía, 1993, p. 168.

³ *Idem*.



embargo, aun cuando la corrección de estilo no significa la modificación del pensamiento del autor, muchos la consideran una forma de mutilación, aunque sus trabajos difícilmente cumplan con los requisitos mínimos indispensables para su publicación.

Ante la necesidad de las instituciones de publicar los trabajos de investigación del personal académico, las autoridades deben estar conscientes, por una parte, de que la corrección de estilo, por muy bien hecha que esté, puede afectar moral o emocionalmente al investigador si no se hace bajo su supervisión, y si no es éste quien da la última palabra acerca de la presentación final del documento, y, por la otra, de que el responsable editorial o jefe de redacción debe contar con su apoyo para realizar la corrección sin obstáculos para el diálogo y el acuerdo directo con el autor del documento. Es importante que las autoridades cobren conciencia de que la corrección de estilo no significa volver a redactar un texto —ya que esto implicaría una coautoría—, sino, repito, ajustarlo a las normas de la gramática y los criterios editoriales, detectar saltos e incoherencias, señalar dudas, etc., por lo que deben entregar a sus departamentos editoriales documentos estructurados con base en una serie de condiciones académicas y de presentación, y debidamente dictaminados.

De acuerdo con mi experiencia, son pocas las universidades y centros académicos que cuentan con un manual técnico para la entrega de originales

y/o con un manual de estilo que oriente al investigador en la redacción final de su documento, y al corrector en cuanto a los criterios editoriales. Por lo general, los investigadores ni siquiera saben qué es una cuartilla. Este problema lo han resuelto en gran medida los procesadores de palabras, que ya se encuentran programados para un determinado número de golpes y líneas en la impresión de las páginas (con el inconveniente de que la cuartilla norteamericana no es igual a la mexicana: 26 líneas de 60 golpes cada una, la primera, y 28 líneas de 64 golpes cada una, la segunda); sin embargo, la mayoría de las universidades nacionales no cuenta con la cantidad suficiente de computadoras para uso de los investigadores, y muchos de ellos no están en posibilidades de adquirir una propia. En la actualidad, esto dificulta y retrasa el trabajo tanto de los investigadores como de los departamentos editoriales, debido a que, con los nuevos equipos de autoedición, se podrían resolver con rapidez muchas dificultades editoriales en el momento de hacer la corrección de estilo. De igual manera, la falta de cursos de capacitación para editores y correctores en el país crea diferencias en cuanto a los criterios editoriales y usos de la lengua de una región a otra, y las publicaciones académicas nacionales se hallan plagadas de errores sintácticos, neologismos arbitrariamente estructurados o mal traducidos, incoherencias y duplicaciones morfológicas, frases mal construidas,

preposiciones mal utilizadas, referencias bibliográficas mal elaboradas, que demuestran pobreza de léxico y carencia de un método de análisis por parte del investigador, y falta de política editorial y método de trabajo por parte del departamento editorial de la institución.

¿QUÉ ES LA CORRECCIÓN DE ESTILO?

Líneas atrás anotaba que el personal académico, generalmente, tiene dificultades para expresar por escrito sus conocimientos. ¿Cómo, entonces, hablar de *corrección de estilo* en donde hay una ausencia de "estilo" personal, o en donde se halla un estilo en formación? De acuerdo con la definición de Julio Casares, estilo es la manera de expresar el pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita, por lo que respecta a la elección de vocablos y de giros, que dan al lenguaje carácter de gravedad o de llaneza o lo hacen especialmente adecuado para ciertos fines".⁴ Además, extensivamente, el estilo es considerado por Martín Alonso como "el conjunto de características comunes, o mejor, un espíritu colectivo de la literatura de cada época, al mismo tiempo que de su pensamiento, de su arte, de su política y hasta de su economía y de su ciencia".⁵ Martín Alonso distingue entre cuatro tipos de estilo: asiático (difuso), ático (delicado), lacónico (conciso) y rodio (abundante). "Cada época y cada generación literaria viven un lenguaje, formas y temas que les son característicos".⁶

Middleton Murry comenta en *El estilo literario* que "se aplica naturalmente a la peculiaridad de un escritor, porque el estilo es la expresión directa de un modo individual de experiencia",⁷ y que la "verdadera originalidad de estilo [es] resultado del éxito de un autor en obligar al lenguaje a conformarse a su modo de experiencia".⁸ Más adelante, lo define de la siguiente manera:

Estilo es una cualidad de lenguaje que comunica con precisión emociones o pensamiento, o un sistema de emociones o pensamientos, peculiares al autor [...] El estilo es perfecto cuando la comunicación del pensa-

miento o la emoción se alcanza exactamente; sin embargo, la posición del estilo en la escala de la grandeza absoluta dependerá de la universalidad del sistema de emociones y pensamientos a que se refiera perceptiblemente [...] el estilo depende enteramente de esta comunicación precisa: donde se la encuentra no hay estilo.⁹

Para Martín Alonso, el estilo no depende del lenguaje, ya que es la *fisonomía* del escritor o el *espíritu artístico* de una época, que no cambian al pasar de una lengua a otra. El lenguaje, como "forma material contingente", es únicamente el vehículo por medio del cual se manifiesta el estilo.¹⁰ Gerardo Francisco Kloss, profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, define el estilo como "la combinación más o menos abstracta de un modo personal de redactar, de ciertas maneras de construir las frases, de ciertos modismos, de la amplitud o estrechez del vocabulario personal y, cómo no, de determinadas muletillas que bien pueden ser inadecuadas".¹¹

Para Bulmaro Reyes Coria, la corrección de estilo, llamada así "común pero inexactamente",¹² es la primera etapa propiamente editorial, la cual "consiste en una lectura minuciosa, con la que se deben: a) eliminar las faltas de ortografía; b) esclarecer párrafos oscuros, y c) dar uniformidad a la obra".¹³ Respecto del segundo inciso, en *El libro y sus orillas*, Roberto Zavala agrega:

Esclarecer párrafos oscuros [...] implica tareas diversas y complejas. La primera de ellas consiste en puntuar adecuadamente el escrito, sin olvidar que ha de buscarse la corrección, pero de ninguna manera ajustar a nuestro estilo el del autor [...] Toda duda sobre el sentido debe resolverse con el autor, lo mismo que fechas, nombres y, en general, datos imprecisos o dudosos [...]; la ilación, la estructura interna de la obra forman parte de la corrección.¹⁴

Respecto del tercero, agrega que la uniformidad deseable comprende también varios aspectos: uniformar las grafías de lugares, organismos e instituciones, así como de palabras que puedan escribirse de diversas maneras; uso de mayúsculas o minúsculas,

⁴ Julio Casares, *Diccionario ideológico de la lengua española, desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea*, 2a. ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

⁵ Martín Alonso, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, 12a. ed. Madrid, Aguilar, 1980, p. 378.

⁶ *Idem.*

⁷ Middleton Murry, *El estilo literario*, México, FCE, 1971 [1922], p. 23

⁸ *Ibid.*, p. 27.

⁹ *Ibid.*, pp. 71-72.

¹⁰ M. Alonso, *op. cit.*, p. 379.

¹¹ Gerardo Francisco Kloss Fernández del Castillo, *Entre el diseño y la edición. Tradición cultural e innovación tecnológica, libro de texto para el VII módulo de la licenciatura en diseño de la comunicación gráfica*, México, UAM-X, 1994 (en prensa)

¹² Bulmaro Reyes Coria, *Manual de estilo editorial*, México, Limusa, 1986, p. 95.

¹³ *Ibid.*, p. 95.

¹⁴ R. Zavala, *op. cit.*, pp. 264-265.



de cursivas, versalitas y demás series, notas, fichas bibliográficas, cuadros, incisos, sangrados, etc. Incluye, asimismo, en la uniformidad, el estilo editorial, es decir, “la adecuación a las normas tipográficas de la casa editora”, como uso de abreviaturas, familias y series, colgados, etc.; el empleo de la numeración en fechas, unidades y cantidades en general; la incorporación o el rechazo de neologismos; la preferencia o no de palabras simplificadas; la forma de disponer títulos, subtítulos, epígrafes, citas, índices.¹⁵

En *El libro del corrector*, Pelegrín Melús y Francisco Millá apuntan que la “verdadera responsabilidad del corrector es puramente moral, y afecta a su conciencia, a su dignidad y a su prestigio”,¹⁶ en ese sentido, entendemos que peca más el corrector que no

enmienda, que el autor que no escribe correctamente, y toda incorrección, por lo general, es achacada a la casa editora antes que al titular del documento. Para Melús y Millá, el corrector es “el único juez y definidor competente en todas las cuestiones que caen bajo su jurisdicción”,¹⁷ y su función más característica es la de “enmendar”,¹⁸ sin embargo, agregan que el corrector también perfecciona una obra, en el sentido de que perfeccionar no significa solamente librarla de sus faltas, sino añadirle nuevos méritos.

El corrector ha de poner a contribución su experiencia, su conocimiento de los recursos técnicos de la tipografía, su cultura gramatical y literaria, para ilustrar y aconsejar al autor siempre que la discreción y la prudencia lo aconsejen.¹⁹

¹⁵ *Ibid.*, pp. 265-266.

¹⁶ Pelegrín Melús y Francisco Millá, *El libro del corrector. Vademécum de los escritores y de los profesionales de la tipografía*, 2a. ed., Barcelona, Millá, 1949, p. 21.

¹⁷ *Ibid.*, p. 9.

¹⁸ *Ibid.*, p. 10.

¹⁹ *Ibid.*, p. 12.

MÉXICO Y SU HISTORIA EDUCATIVA

Roberto Bravo



Cuál ha sido el propósito de la educación en nuestro país, desde la conquista hasta el México moderno? Los franciscanos encontraron, en el siglo XVI, una sociedad indígena desestructurada; la desolación provocada por su derrota hizo a los naturales buscar salida a su crisis mediante el suicidio, el alcohol o la huida adonde no los pudieran encontrar los españoles. Había que reconstruir todo. En lo que se refiere a la educación, ésta fue integrada a la religión, por lo que se sustituyeron las antiguas creencias de los indígenas por la religión cristiana. Se crearon escuelas para catequizar y se escogieron como alumnos a los hijos de los caciques y a los mozos de éstos. De esas primeras escuelas salieron quienes habrían de gobernar junto con los europeos, ya que los egresados se convirtieron después en alcaldes y gobernadores.

La evangelización de adultos se llevó a cabo de manera obligatoria. Cada población tenía vigilantes que despertaban a la gente los días señalados para recibir instrucción, y los reunían alrededor de las cruces atriales de los conventos o de los cementerios, lugares que fueron así las primeras aulas improvisadas, donde los indígenas repetían hasta memorizarlas las palabras de la doctrina. Los frailes se valieron de auxiliares didácticos como la pintura, que de esta forma se convertía en una extensión de

los códices, y el teatro, donde se dramatizaron los temas socorridos: el infierno y el paraíso.

Esto afirma Josefina Zoraida Vázquez en el capítulo que inicia el indispensable libro *Ensayos sobre historia de la educación en México*:

En su búsqueda de métodos y auxiliares, [los misioneros] se inspiraron creadoramente, lo mismo en la tradición cristiana primitiva que en el pasado prehispánico, de manera que desarrollaron métodos de enseñanza que siglos después se habrían de imponer. Aunque esperaban más, lo que lograron parece obra milagrosa: evangelizar a tanta gente con tan escasos recursos, al tiempo que injertaban una nueva cultura.

La lectura de este volumen se complementa con la del libro *La educación en la historia de México*, de José María Kazuhiro /Kobayashi y otros autores.

Durante la Colonia, al iniciarse el siglo XVIII, España cambió de casa reinante. Los Borbón, quienes habían derrotado a los Habsburgo, se entronizaron en 1713 y decidieron sacar a los españoles del oscurantismo y modernizar la metrópoli. Mientras esto sucedía en Europa, en la Nueva España se vivía en un ambiente de satisfacción y optimismo: los habitantes se habían recuperado de la disminución de la población indígena y de la crisis minera de las primeras décadas del XVII, y esta situación les hacía

sentir diferentes, mejores. Segura de sí misma, la sociedad se definía urbana, refinada, piadosa, orgullosa de su pasado indígena. Se levantaron grandes construcciones: se terminaron las catedrales de Valladolid, Oaxaca, Chihuahua, Durango y la basílica de Guadalupe, y también colegios, como los de los jesuitas en Guadalajara, Mérida, Valladolid y San Ildefonso, en la ciudad de México.

En lo que a educación se refiere, los niños la recibían en las escuelas de algunos conventos y en casas de maestros particulares, quienes estaban agrupados en el "Gremio de Maestros del Nobilísimo Arte de Primeras Letras". Los once artículos de las ordenanzas gremiales de estos maestros pueden considerarse como la primera ley sobre educación primaria en México.

De norte a sur (de Chihuahua a Mérida) y de oriente a occidente (de Veracruz a Guadalajara), los colegios de los jesuitas cubrieron prácticamente la enseñanza básica y la enseñanza media. La construcción de cada uno de estos centros (algunos verdaderas obras de arte, como los de Valladolid y San Ildefonso en México), la operación del plantel y las becas que se otorgaban se financiaban por medio de un patronato formado por donaciones de los habitantes de cada localidad.

Los jesuitas desempeñaron tres importantes papeles en la educación novohispana: sus colegios dominaron numérica y geográficamente la educación posterior a la primaria; varios profesores jesuitas eran promotores de la reforma educativa, y miembros de la Compañía eran los líderes de la élite intelectual del virreinato, nos dice Dorothy Tanck de Estrada en su notable ensayo "Tensión en la torre de marfil". Todo ese poder se analiza acuciosamente en el ensayo "La influencia de la Compañía de Jesús en la sociedad novohispana del siglo XVI", de Pilar Gonzalbo Aizpuru.

A pesar de su papel protagónico en muchos aspectos de la vida intelectual y económica durante la Colonia, o quizá por eso, los jesuitas, mediante decreto ordenado por Carlos III, fueron expulsados de toda la monarquía. El decreto de 1767 no sólo cesó a los profesores jesuitas que enseñaban en todo el virreinato, sino que los mandó al exilio. De un día a otro se cerraron todas las instituciones de la Compañía de Jesús y el gobierno expropió sus edificios y fondos.

Todos los intelectuales novohispanos protestaron y la medida, finalmente, debilitó el sistema educativo. Los ensayos relativos a la educación durante la Colonia son, sin duda, de los más interesantes de estos dos volúmenes.

Anne Staples, en su "Panorama educativo al comienzo de la vida independiente" muestra una eta-



pa en la educación que se caracteriza por las carencias. Los servicios públicos, sobre todo en provincia, estaban deteriorados y empobrecidos por la guerra. Había que pensar primero en techo y sustento para la población de una gran parte del territorio nacional, que no podía darse el "lujo" de tener escuelas, hospitales y asilos. Este deterioro no era únicamente efecto de la lucha independentista; desde principios del siglo XIX, Carlos IV ordenó que fueran enviados a España los capitales que respaldaban las obras de beneficencia, lo que ocasionó muchas quiebras, porque ni los réditos ni los capitales fueron devueltos a México.

En lo que a métodos educativos se refiere, hasta mediados del siglo XIX los que se aplicaron fueron los mismos introducidos durante las reformas borbónicas, como si en el país no hubiesen ocurrido cambios políticos. De la misma manera que la nueva casa reinante quiso modernizar España, en México los métodos educativos fueron motivo de una permanente reflexión con base en ideas más avanzadas de la época, de lo cual surgió una corriente reformista que vio en la educación un camino seguro para alcanzar mayor bienestar y hacer de México un país fuerte.

Para llevar las letras y la conciencia cívica a mayores núcleos de población, se adoptó el método de enseñanza mutua perfeccionado por Joseph Lancaster a principios del siglo XIX y que gozaba de la



aceptación popular y oficial en los países industrializados. Este sistema, se afirmaba, llevaba a la democracia política, puesto que los alumnos participaban activamente en el proceso de enseñanza y se reducía la autoridad del maestro.

El sistema funcionaba con alumnos avanzados que enseñaban a grupos pequeños, primero en una materia, luego en otra, según las aptitudes de cada niño. Dorothy T. Estrada describe el método minuciosamente en su ensayo "Las escuelas lancasterianas en la ciudad de México: 1822-1842".

Al lograr su independencia, México contaba con pocos establecimientos de enseñanza superior. Los alumnos de la Universidad de México fueron reclutados en los batallones patrióticos y en 1810 el virrey Venegas ordenó que se albergara dentro del recinto universitario al primer regimiento y se suspendieron la mayoría de las clases. A partir de ese momento, la universidad se quedó sin estudiantes y se acabó. Su labor fue sustituida por los seminarios, que por su bajo costo y por encontrarse en las capitales del interior del país, se convirtieron en la única forma de adquirir educación superior en muchas partes de la República.

Es obvio que la inestabilidad política y económica, así como la falta de maestros preparados fueron los principales obstáculos a los que se enfrentaron los gobernantes del México independiente. Sin embar-

go, poco a poco se sentaron las bases de lo que serían los nuevos intentos educativos de la República restaurada y del porfiriato.

La reforma educativa iniciada por Juárez y seguida por Lerdo constituyen la base de la educación del porfiriato. La Reforma estableció que la enseñanza fuera gratuita, sobre todo para los niños pobres; su financiamiento debía realizarse con fondos municipales o con fondos de los dueños de fincas y haciendas. Además se impuso la obligatoriedad de la instrucción, y en cuanto a la orientación teórica, se estableció decididamente un laicismo positivista.

Una de las características principales del porfirismo fue la paulatina centralización del poder y, en general, de los recursos económicos a costa de las autonomías locales y estatales, y la concentración de la tierra en una minoría civil.

Díaz quiso aplicar su misma fórmula de gobierno en el campo educativo. Pretendía que así como las autoridades estatales y municipales se subordinaban en forma piramidal al gobierno central, así también las escuelas locales se rigieran por una política educativa del centro. Y es que los ideólogos de Díaz se dieron cuenta de que la paz impuesta por las armas, si bien era necesaria como condición previa para el progreso, era también insuficiente. Para ello debía haber unidad nacional y ésta sólo era posible formando la conciencia nacional por medio de la educación de las mayorías.

Como primer paso para la realización del ingente propósito, Justo Sierra presentó un proyecto con base en el cual se creó la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en 1905. En 1910, Sierra inauguró la Universidad Nacional de México.

El impulso que Justo Sierra logró dar a la educación fue eminentemente urbano; no pudo llevar la educación al campo. En general, se puede decir que el régimen porfiriano no llevó la educación a las grandes mayorías del país, pero generó las ideas que habrían de llevarla.

Para el general Plutarco Elías Calles, hacer la revolución era producir alimentos, crear industrias, educar y organizar las finanzas. Al igual que en la época de Vasconcelos, se pensó en la educación como en una panacea, pero de manera radicalmente distinta. Ya no se trataba de educar al pueblo en los ideales humanistas de la cultura occidental, sino de hacer que la educación se convirtiera en un instrumento de progreso y del desarrollo económico. Calles quería que los campesinos hicieran producir la tierra, que los obreros se adiestraran en las técnicas modernas de producción, y que el país saliera del caos económico en que se encontraba desde la Revolución. La educación tenía que servir a estos propósitos.

La unificación del sistema educativo empezó a materializarse en la época de Calles. En medio de la anarquía que caracterizó la historia educativa de esos años, puede observarse cómo el Estado empieza a ejercer su dominio en el campo educativo: se hicieron modificaciones al artículo tercero de la Constitución y a las leyes reglamentarias, a pesar del conflicto con la Iglesia. Se prepararon muchos maestros y se distribuyeron por toda la República, y se dio un gran impulso a la Secretaría de Educación Pública, en medio de ásperos debates sobre la orientación que debía seguir. Todos estos logros fueron, en parte, el resultado de una presencia oficial cada vez mayor en el terreno educativo. No cabe duda de que en esos años se dieron pasos decisivos hacia el progreso de la educación, sobre todo en lo que se refiere a la expansión y organización institucional. Acerca de esto escribe Francisco Arce Gurza, en su ensayo "En busca de una educación revolucionaria, 1924-1934".

Ensayos sobre historia de la educación en México y *La educación en la historia de México* son obras que se complementan para darnos una perspectiva extraordinaria sobre el proceso educativo de nuestro país desde la época prehispánica hasta nuestro pasado reciente.

Josefina Zoraida Vázquez, Dorothy Tanck de Estrada, Anne Staples y Francisco Arce Gurza, *Ensayos sobre historia de la educación en México*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1a. reimp., 1995, 188 pp.



Josefina Zoraida Vázquez (introducción y selección) *La educación en la historia de México*, «Lecturas de Historia Mexicana» núm. 7, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1a. reimp., 1995, 312 pp.

EL GREMIO ARTESANAL EN MÉXICO

María Córdoba



Artesano-oficio-taller: una trilogía que definió durante siglos las relaciones de trabajo, sociales y, en buena medida, culturales de gran parte de la clase proletaria hasta antes del surgimiento de la revolución industrial, del capitalismo y del pensamiento liberal. Su presencia histórica y su papel fundamental en las grandes revoluciones sociales es, sin duda alguna, la mayor aportación que como clase trabajadora nos ha heredado. Portadores del saber (de su oficio), transmisiones del conocimiento (maestros), los artesanos han sido pieza importante en la evolución social.

Este libro de Carlos Illades recupera una parte importante de la historia del movimiento obrero en nuestro país, al rescatar del pasado, a través de los artesanos, las primeras formas de asociación no gremiales o religiosas y exponer, a nuestro juicio, la evolución que experimentaron las diferentes formas de organización que surgieron entre los trabajadores en la segunda mitad del siglo pasado.

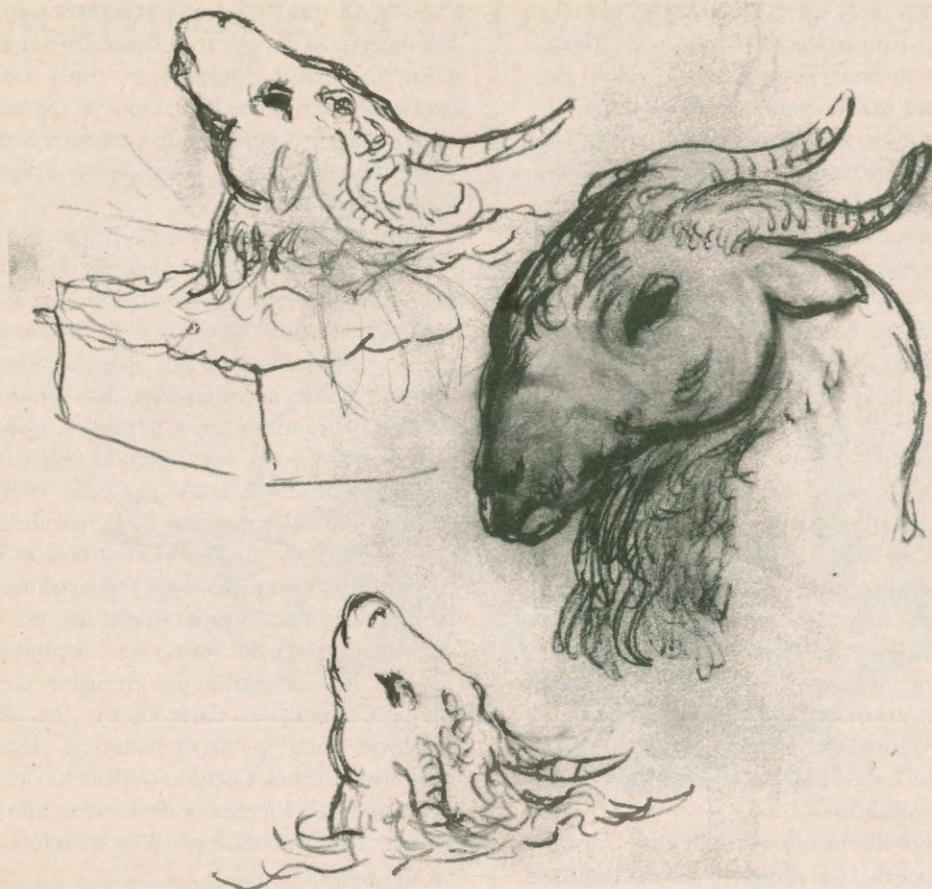
Destinados a la desaparición como fuerza laboral por su carácter antagónico con la expansión industrial y capitalista de la producción, los artesanos han sobrevivido y más aún, han participado activamente en la organización de las clases trabajadoras y, paradójicamente, en el desarrollo del capitalismo.

En este contexto, *Hacia la república del trabajo* pretende hacer un estudio de la historia del artesano en la ciudad de México entre 1853 y 1876 y discutir acerca de tres tesis: la desaparición del artesano ante el avance del proceso de producción capitalista,

su conversión en asalariado del capitalismo y su carácter netamente conservador.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, las relaciones laborales que regían en los talleres de la ciudad de México eran el resultado de la jerarquía en el proceso productivo; en primer lugar estaban el maestro y propietario del taller, y en segundo, los oficiales y aprendices del ramo. Aquí encontramos la primera controversia: el propietario del taller y poseedor de los medios de producción era también trabajador, en su calidad de maestro. La tradición debía continuar: el maestro enseñaba su oficio al aprendiz y éste se convertía en oficial hasta que lograba instalar un taller y se volvía, a su vez, maestro, en el ciclo que había de recomenzar una y otra vez hasta que la expansión capitalista rompió con este orden. Sin embargo, en la ciudad de México no sucedió así. Si bien las relaciones laborales han cambiado, y en buena medida los propietarios del capital se han convertido en maestros por el solo hecho de llegar a ser dueños de un taller, los artesanos aún existen y los talleres aún funcionan, con los oficiales y aprendices reconociéndose como parte de la clase trabajadora y los maestros en una ambigüedad que no los abandona.

En 1862, 10% de la población de México habitaba en las ciudades de mayor tamaño. La capital tendría alrededor de 200 000 habitantes y un poco más de 30% de los giros comerciales era de establecimientos industriales; la política fiscal desfavorable y la incertidumbre generalizada por las guerras recientes de-



limitaron la vida cotidiana durante gran parte del siglo pasado, situación que afectó de manera particular la actividad productiva: desempleo, trabajo incierto, cambio de actividad (que no de oficio). Para esas fechas la ciudad limitaba al norte con la garita de Santiago; al oriente, con la de San Lázaro; al sur, San Antonio Abad y al poniente, Bucareli y San Cosme, prácticamente los mismos límites que en la época borbónica. Los establecimientos eran pequeños, económicamente débiles, asediados por diferentes obstáculos para su expansión. Una escasa inversión de capital en las actividades productivas, mano de obra descalificada y desempleo cerraban el cuadro de aquella época. En 1865 la "Calificación de establecimientos comerciales" enlista un total de 1 526 giros industriales, divididos en 82 tipos de establecimientos.

Los artesanos eran piezas importantes y fundamentales en la vida comercial: propietarios de un oficio, calificados para el desarrollo de una actividad específica, su nivel de calificación establece la primera diferenciación con otros trabajadores manuales y es motivo de orgullo y base de su moral colectiva. La composición de la fuerza artesanal en la ciudad de México en la época que nos ocupa, conforme el "padrón de los ciudadanos domicilia-

dos en la Ciudad de México que puedan servir de cargo de jurado" (1873), incluye a más de 5 000 personas, de las cuales cerca de 17% procedía del interior del país. Zapateros, sastres y carpinteros abarcaban poco más de 40% del total. La tradición marcaba los procedimientos por los cuales se ascendía en la jerarquía; el aprendiz que ingresaba al taller o casa de un artesano para conocer el oficio quedaba bajo el absoluto dominio del maestro artesano. Estos contratos verbales o escritos estaban reconocidos jurídicamente dentro del Código Civil vigente. A los oficiales se les pagaba a destajo o mediante un jornal y eran libres de cambiar tanto de maestro como de oficio, pues las condiciones imperantes en la época hacían que existiera gran movilidad laboral.

Los artesanos, por su destreza y dominio de un oficio y su condición de productores, tenían un lugar especial dentro del mundo del trabajo. Lo sabían, y eso les permitía definirse como hombres honrados y con posibilidades de alcanzar una posición social. Por su identidad y desarrollo ideológico, los artesanos se organizaban en cofradías y en gremios, instituciones de educación y capacitación dentro de las cuales se transmitía la disciplina laboral y se llevaba a cabo la enseñanza de los oficios. A

partir de los gremios se desarrollaron las sociedades de auxilios mutuos, de marcada tendencia liberal, que sustituyeron a gremios y cofradías (a éstas, por su liga con la Iglesia, les fueron expropiados sus bienes y desaparecieron en la práctica). La Constitución de 1857 garantizaba el derecho de asociarse libremente, según los intereses particulares. De esta manera surgieron sociedades que no necesariamente agrupaban a artesanos de un mismo oficio, y que buscaban proteger sus intereses de clase por encima de los gremiales. No fue sino hasta la Constitución de 1917 que se otorgaría a estas sociedades su reconocimiento como sindicatos y no como meras organizaciones civiles voluntarias. De tal forma se rebasaba la conciencia gremial y se lograba una identificación de clase, donde se vinculaba la honradez y el trabajo aplicado con una conciencia democrática. Las limitaciones de estas agrupaciones fueron grandes; sin embargo, su influencia dentro del mundo artesanal fue importante: reunieron a los trabajadores según su condición de clase y no gremial; incorporaron mecanismos democráticos que no existían en los gremios y cofradías; además, el voto individual y dentro del mundo artesanal inició la organización de los trabajadores manuales. Más tarde surgirían los sindicatos.

La relación de las diferentes agrupaciones laborales con el Estado era básicamente proteccionista desde el poder, matizada según las exigencias de los artesanos y las necesidades del Estado de control y coerción por medio de los impuestos. Particularmente sensibles a las levas, los artesanos rehuían de todas las maneras posibles su ingreso forzoso al ejército, aun cuando un decreto de la regencia del imperio impedía tal práctica.

Al igual que en otros países latinoamericanos, los miembros de las agrupaciones artesanales apoyaron a los gobiernos liberales, quienes retribuyeron en forma de subsidios dicho apoyo. De tal manera, poco a poco el control de los artesanos pasó a formar parte del quehacer político de los dirigentes sociales y de los gobernantes.

Muy pronto estallarían las primeras huelgas en las fábricas textiles y en los talleres de sombreros e impresores, a pesar de la prohibición asentada en el Artículo 925 del Código Penal. En ese entonces surgieron planteamientos que si bien no tuvieron mayor importancia en su momento, más tarde serían baluartes de las organizaciones laborales: el contrato colectivo de trabajo, el concepto de salario y el derecho al puesto desempeñado. También se hizo notoria la fractura entre los artesanos, al manifestarse los diferentes intereses que movían al patrón y a sus trabajadores. Esto impulsó a los trabajadores a formar los primeros talleres cooperativos; así, en 1874 la Sociedad Progresista del Ramo de Carpintería se transformó en la Compañía Cooperativa de Obreros de México. Una época daba inicio, y las asambleas aparecieron como primera instancia democrática que culminaría en el Congreso Obrero de 1876, que tuvo la finalidad expresa de fundar una organización nacional de trabajadores y la creación de la república del trabajo.

Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Centro de Estudios Históricos, 1996, 230 pp.



MARTÍ SOLER, NUEVO DIRECTOR DE PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MÉXICO

El 2 de julio de 1966 el presidente de El Colegio de México, doctor Andrés Lira, hizo el anuncio formal de la incorporación a esta casa de estudios, al frente de la Dirección de Publicaciones, de una persona ampliamente conocida y respetada dentro del campo editorial en nuestro país: Martí Soler, quien fue uno de los fundadores de la editorial Siglo XXI, entre muchas otras actividades que conforman ya una amplia y afortunada trayectoria dentro del mundo cul-

tural e intelectual de México. Además, Martí Soler, como él mismo lo recordó en las breves palabras pronunciadas con motivo de su nombramiento, ha mantenido, desde hace cerca de cuarenta años, una larga amistad con El Colegio de México y sus proyectos, en los que ha colaborado en varias ocasiones.

En el acto estuvo presente Marta Lilia Prieto, quien continuará en sus labores como coordinadora de Producción al lado del nuevo director. Enhorabuena.

FRIDA VILLAVICENCIO, GANADORA DEL PREMIO CIESAS 1994

Frida Villavicencio, estudiante del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, fue una de las ganadoras de los premios CIESAS 1994 en el área de "Mejor artículo" en materia de lingüística, con el trabajo titulado: "La construcción nominal sin determinante en purépecha. Una función semántica".

El jurado del concurso estuvo conformado por Guillermo Palacios, Rebeca Barriga, Thomas Calvo, Elena Lazos, Nicole Giron y Beatriz Canabal.



Margarita Dalton Palomo
**Mujeres, diosas y musas.
Tejedoras de la memoria**

EL COLEGIO DE MÉXICO/PROGRAMA
INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS
DE LA MUJER
1996, 440 pp.

A través de la mitología griega de Hesíodo y Homero, así como del pensamiento filosófico de Platón y Aristóteles, se analiza el espacio que ocupa la mujer en el discurso y cómo se entrelazan los valores de prestigio y poder.

El objetivo de este trabajo es determinar los elementos que constituyen las bases para la construcción del discurso de lo femenino y la relación que guardan aquéllos con la elaboración de los contenidos ideológicos del mismo. Para ello se analizan los mitos de las musas protectoras del pensamiento e hijas de la Memoria, personajes mitológicos como Nix (la Noche), Afrodita, Atenea, Quimera, Medusa, Esfinge y las definiciones que sobre la mujer manifiestan Platón y Aristóteles.

La hipótesis del trabajo radica en la existencia de una serie de elementos descriptivos y prescriptivos que aparecen en el discurso de lo femenino, que no sólo reflejan la realidad social en la que se produce, sino que establecen formas de pensar sobre la mujer con contenidos ideológicos que en ocasio-



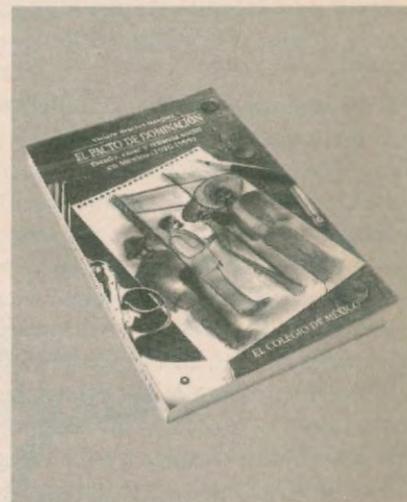
nes encubren y en otras legitiman la relación de dominio de lo masculino sobre lo femenino. Lo femenino, más que un hecho de diferencias biológicas, es una construcción cultural.

**Asia y África desde México.
Treinta años del Centro de
Estudios de Asia y África**

Edición a cargo de Mariela Álvarez
de Antún

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE
ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
1996, 88 pp.

Este libro pretende cumplir varias tareas al mismo tiempo: ante todo, celebrar los 30 años del Centro de Estudios de Asia y África como una manera de afirmar que las utopías son posibles cuando se les presta el apoyo y la atención necesarios; poner de relieve un fragmento de la historia global de El Colegio de México; rendir homenaje a los profesores, estudiantes y trabajadores administrativos que han contribuido durante estos 30 años a la difusión de los estudios sobre Asia y África en América Latina y el mundo de habla hispana, y recuperar algunos trozos de memoria que, de otra manera, habrían quedado confinados para siempre a los archivos de El Colegio de México.

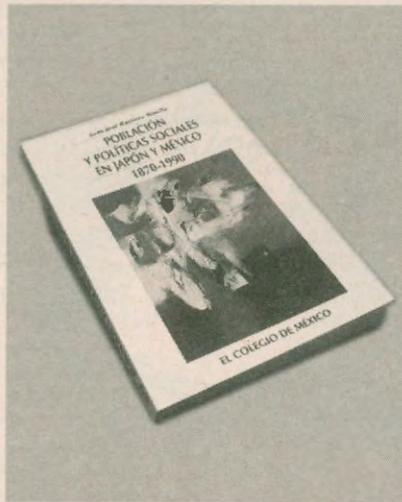


Viviane Brachet-Márquez
**El pacto de dominación. Estado,
clase y reforma social en México
(1910-1995)**

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE
ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS
1996, 320 pp.

Este libro representa una nueva interpretación de la evolución del régimen mexicano entre 1910 y 1995. Se examinan tres grandes periodos que abarcan desde la víspera de la Revolución hasta 1939 el primero; desde 1940 hasta 1970 el segundo, y desde 1970 hasta mediados de 1995 el tercero. Los datos históricos de cada uno se analizan en función de la hipótesis de que las reformas sociales surgen como resoluciones de los enfrentamientos, en momentos críticos, entre actores subalternos disidentes y élites estatales, que amenazan la estabilidad del Estado. En tales momentos, éste se recupera cuando puede aislar la disidencia recompensando la lealtad de las bases corporativas del partido oficial por medio de políticas sociales.

De esta forma, la historia posrevolucionaria se lee como una sucesión de crisis, durante las cuales se transforma el pacto de dominación, seguidas por periodos de relativa paz social. En el epílogo se analizan los acontecimientos de 1994-1995, diagnosticando un derrumbe de los arre-



glos flexibles que han caracterizado las relaciones entre élites estatales y clases populares desde la Revolución, y señalando los obstáculos a la recomposición del régimen sobre una base más democrática.

Este libro ofrece, además, una metodología para estudiar el cambio sociopolítico no revolucionario en otros países de América Latina.

Gustavo Vega Cánovas
(compilador)

**México-Estados Unidos-Canadá,
1993-1994**

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES/COLECCIÓN «MÉXICO-ESTADOS UNIDOS-CANADÁ» 1995, 440 pp.

En este segundo volumen bianual de la serie «México-Estados Unidos-Canadá», que publica el Programa de Estudios sobre Estados Unidos y Canadá del Centro de Estudios Internacionales, continuamos con nuestro propósito de presentar un análisis periódico de la evolución de la política interna y externa, la economía y otras dimensiones de las sociedades de los tres países.

En esta ocasión presentamos quince trabajos de autores de la región, quienes abordan desde diferentes perspectivas cuestiones de fundamental importancia para el futuro de México, Canadá y Estados Unidos. El

énfasis central de este volumen es, una vez más, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la dinámica que está propiciando en las relaciones entre nuestros países y otras naciones de gran importancia para nosotros, como Japón o el resto de los países del hemisferio occidental. También se analiza el significado que tuvieron eventos políticos de trascendental importancia, como las elecciones federales de 1992 en Estados Unidos y de 1993 en Canadá.

Juan José Ramírez Bonilla
**Población y políticas sociales
en Japón y México, 1870-1990**

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA 1996, 208 pp.

La extensa bibliografía relativa a las economías exitosas de Asia suele tratar con descuido el principal factor productivo: la población. Con el afán de ir más allá de esa tendencia, el trabajo *Población y políticas sociales en Japón y México, 1870-1990* pone de realce algunas de las múltiples dimensiones de la relación entre recursos humanos y desarrollo económico.

El texto está organizado en torno a la idea de que los procesos sociales no son aleatorios, sino determinados por el contexto socioeconómico. Éste determinaría, por una parte, la posibi-

lidad de que los procesos sigan una tendencia definida; pero, por la otra, la realización de esa posibilidad depende única y exclusivamente de los individuos considerados en forma aislada o colectiva. Así, la relación entre la percepción del entorno social y las decisiones individuales y colectivas se establece gracias a la mediación de un proceso de racionalización ejecutado por cada individuo.

En este marco, las funciones de los individuos y de las autoridades públicas han tenido una importancia de primer orden para la consecución de los objetivos de dos proyectos de nación tan disímbolos como los de Japón y México. Contrastando las experiencias de ambos países, el autor busca extraer lecciones útiles para un México necesitado de nuevas respuestas para sus viejos problemas.

Ariel Rodríguez Kuri
La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS/UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-AZCAPOTZALCO 1996, 304 pp.

Este libro trata de la experiencia del gobierno municipal en la ciudad de México en el periodo 1876-1912. La



investigación consta de ocho capítulos que abordan otras tantas problemáticas del gobierno municipal durante el porfiriato y la fase maderista de la Revolución mexicana. La investigación que dio pie a este texto se propuso, desde un principio, abordar una dimensión del trabajo historiográfico que en los últimos tiempos no ha gozado de todos los prestigios: la historia institucional.

Dada la escasez de bibliografía sobre la forma en que las personas y las instituciones acumulan conocimientos sobre prácticas y técnicas de gobierno, este libro pretende ser una modesta contribución a la manera en que se transmiten esa clase de conocimientos.

David N. Lorenzen
y Benjamín Preciado Solís
Atadura y liberación.
Las religiones de la India

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
1996, 204 pp. + 32 de fotografías en color.

La India siempre ha atraído la atención del exterior como una tierra llena de tesoros y costumbres extrañas. Desde los griegos hasta los turcos y desde los portugueses hasta los británicos, todos los que han llegado a la India se han asombrado al ver la variedad y vitalidad de sus creencias y prácticas religiosas. El hinduismo es la única religión politeísta que continúa

viva desde la antigüedad y es, además, una de las más numerosas en el mundo de hoy.

El hinduismo, pese al enorme número de sus miembros, continúa siendo una religión nacional, no así el budismo, que desde hace más de 2 000 años traspasó las fronteras de la India y se convirtió en una religión universal. Durante 1 500 años el budismo floreció en la India y produjo prácticas y cultos que todavía hoy se siguen en gran parte de Asia. Ambas religiones se multiplicaron en gran número de escuelas, doctrinas, sectas y cultos a lo largo de los siglos, pero no son las únicas en la India; muchos otros grupos como los jainistas o los sikh añaden aún mayor colorido a este mosaico religioso. Aun cuando existen en la actualidad grandes grupos de creyentes en otras religiones tales como el islamismo o el cristianismo en sus varias denominaciones, el libro presenta únicamente las que nacieron originalmente en suelo indio.

En *Atadura y liberación*, se presenta al público seriamente y con rigor académico los temas principales de la historia de los cultos nacidos en la India. La estrecha relación que ha existido siempre entre las formas de organización social y las de la vida religiosa hace que un estudio como éste sea imprescindible para la cabal comprensión de la historia de India y su sociedad.

Romer Cornejo Bustamante (editor)
Asia Pacífico 1996

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
1996, 436 pp.

Asia Pacífico 1996 analiza uno de los momentos contemporáneos más ricos de la región del Pacífico asiático. En los primeros artículos se desentrañan temas clave como las bases del modelo de industrialización y las perspectivas del principal foro multilateral de la región, lo cual constituye una acertada introducción a los eventos analizados en cada país en particular, que van desde los bruscos movimientos de la élite política en Japón hasta los orígenes de las fricciones en el estrecho de Taiwan. *Asia Pacífico 1996* incluye, además, agudos análisis sobre las tendencias más recientes del desarrollo político y económico de Corea del Sur, China, Filipinas, Hong Kong, Indonesia, Japón, Malasia, Singapur, Tailandia, Taiwan y Vietnam.

Saadat Hasan Manto
Antología de cuentos

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
1996, 192 pp.

Este pequeño volumen constituye un significativo esfuerzo por dar a



conocer por primera vez en español al gran cuentista indopakistaní Saadat Hasan Manto y su obra, escrita originalmente en urdu. Se ha querido presentar al autor y su literatura en contexto, desde el temprano 1919 hasta el tiempo denso y terrible de la división de la India en 1947, así como las marcas que estos acontecimientos dejaron en el subcontinente. Los cuentos, así como los dibujos que ilustran algunos de ellos, son en más de un sentido metáforas sobre la división y la violación de un pueblo, el de la India. Las experiencias de Manto constituyen también motivo de reflexión hoy, mirando a India y hacia afuera de ella, cuando vuelven a repetirse cruentos enfrentamientos en el presente, a finales del siglo.

Alejandro J. de Oto
El viaje de la escritura.
Richard Burton y el este de África

EL COLEGIO DE MÉXICO/CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
 1996, 156 pp.

Imponer un orden parece una tarea ardua; sin embargo, muchas instancias de la superficie textual remiten a ámbitos acotados en el escenario de representaciones que un orden determinado permite. Este tra-

bajo es justamente el análisis de uno de los intentos de imposición de uno de esos órdenes en los territorios del África del este en el siglo XIX: la narrativa de *Primeros pasos en el este de África. Una exploración a la ciudad prohibida de Harar*.

Implica también, y fundamentalmente, una estrategia de lectura que intenta recuperar para nuestra mirada los espacios menos visibles de esta

narrativa. En este sentido, la perspectiva política que guía este trabajo se asienta sobre la sospecha de una serie de afirmaciones implícitas y explícitas.

En principio hay aquí una crítica a la idea de las dualidades entre el mundo de los narradores y el mundo de los "narrados", sin que se pretenda establecer la posición de los discursos "locales" respecto a la mirada orientalista.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Estudios Demográficos y Urbanos 27

VOLUMEN 9, NÚMERO 3,
 SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1994

Manuel Ordorica Mellado, "Conciliación de la población de los censos y las estadísticas de nacimientos, defunciones y migración a través de una función expolinomial"; *José B. Morelos* y *Noemí Ehbrenfeld*, "La mortalidad diferencial de las mujeres en edades reproductivas"; *Susana Lerner*, *André Quesnel* y *Mariana Yanes*, "La pluralidad de trayectorias reproductivas y las transacciones institucionales"; *Brígida García*, "La medición de la población económicamente activa en México al inicio de los años noventa"; *Boris Graizbord* y *Alejandro Mina*, "Los ámbitos geográficos del componente migratorio de la ciudad de México"; *Francisco Alba*, "Aspectos urbanos de la migración laboral: la situación en los países de origen"; *Salvador Rivera*, "Desarrollo y urbanización regional en México, 1970-1990", y *León Tabah*, "La demografía: pasado y presente".

Estudios Demográficos y Urbanos 28

VOLUMEN 10, NÚMERO 1,
 ENERO-ABRIL, 1995

Ismael Aguilar Barajas, "Población y economía en el estado de Quintana Roo: algunas consideraciones de la

experiencia reciente"; *Gustavo Garza* y *Fernando Aragón*, "La contaminación atmosférica de la ciudad de México en escala megapolitana"; *Muriel Couturier* y *Victor Islas*, "Transporte y movilidad en la región de Chalco"; *René M. Zenteno*, "Del rancho de la Tía Juana a Tijuana: una historia breve de desarrollo y población en la frontera norte de México"; *Carlos García Molina* y *Ma. Victoria López López*, "Causas de muerte evitables y su contribución al incremento en la esperanza de vida. Una interpretación sociodemográfica. El caso de la frontera norte, 1980-1990"; *Anne R. Pebley* y *Noreen Goldman*, "La inmunización y los servicios relacionados con el embarazo en Guatemala", y *Óscar Cuéllar*, "Relaciones entre población, desarrollo y pobreza según los profesores universitarios mexicanos".

Estudios de Asia y África 97

VOLUMEN XXX, NÚMERO 2,
 MAYO-AGOSTO, 1995

Yao Souchon, "El gran problema de la modernidad y la furia de Mabathir: los medios de comunicación de masa y Occidente como el mal trascendental"; *Alejandro de Oto*, "Viaje, etnicidad y narraciones. Los límites y los movimientos"; *Carlos Aquiles Guimaraes*, "El espacio de lo étnico en el (nuevo) orden internacional: el caso kurdo"; *Romer Cornejo Bustamante*, "Los chinos

en el sudeste de Asia. Consideraciones sobre el estudio de las minorías chinas en Indonesia, Malasia y Tailandia", y *Román López Villicaña*, "El poder estructural y militar norteamericano en Medio Oriente al fin de la Guerra Fría".

Estudios Económicos 20

VOLUMEN 10, NÚMERO 2,
JULIO-DICIEMBRE, 1995

Francisco Venegas, Enrique de Alba y Manuel Ordorica, "An Economist Guide to the Kalman Filter"; *Fidel Aroche Reyes*, "Cambio técnico y cambio estructural. La hipótesis de coeficientes decrecientes. Pruebas estadísticas con datos para México"; *Jorge Fernández Ruiz*, "La teoría del alivio de la deuda", y *Ramón Tirado Jiménez*, "Un modelo de crecimiento endógeno e imitación tecnológica".

Historia Mexicana 179

VOLUMEN XLV, NÚMERO 3,
ENERO-MARZO, 1996

Frédérique Langue, "Hombres e ideas de la ilustración en dos ciudades consulares: Caracas y Veracruz"; *Rafael Sagredo Baeza*, "Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos, 1810-1827"; *Fernando S. Alanís Enciso*, "Los extranjeros en México, la inmigración y el gobierno: ¿tolerancia o intolerancia religiosa?, 1821-1830"; *Edward N. Beatty*, "Invención e innovación: ley de patentes y tecnología en el México del siglo XIX, y *David A. Brading*, "Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX".

Estudios de Asia y África 98

VOLUMEN XXX, NÚMERO 3,
SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1995

Saurabh Dube, "Propiedad, enemistad y conflicto: litigios y ley en los últimos años del *Chhattisgarh* colonial, en India central"; *Alfredo Romero Castilla*, "La transformación histórica de Corea"; *Hilda Varela Barraza*, "África sahsahariana: en las aguas turbias del desorden internacional de la posguerra fría"; *Mónica Cejas Minuet*, "El Inkatha Yenkululeko Yeziswe en Sudáfrica: estrategias para el Consenso, 1975-1990"; *Walburga Wiesheu*, "Debate sobre la historicidad de la dinastía Xia y sus capitales: ¿fue Wangchenggang la capital de Yu?"; y *Luz Gómez García*, "Los tránsfugas del marxismo al islam: el caso de Adil Husayn".

Foro Internacional 139

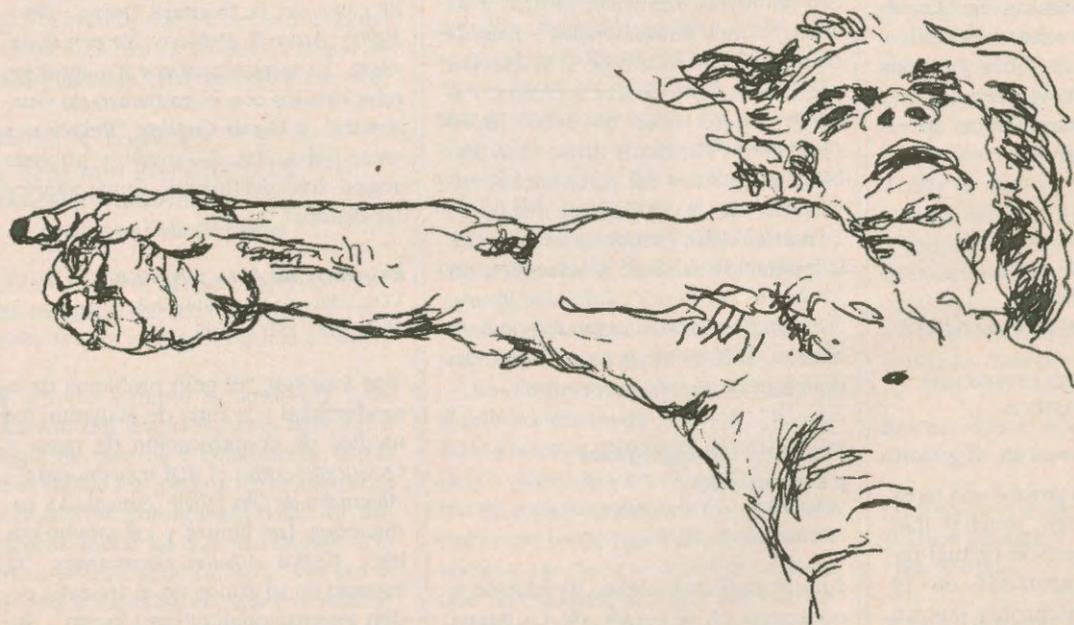
VOLUMEN XXXV, NÚMERO 1,
ENERO-MARZO, 1995

Mónica Serrano, "Introducción"; *Robert Mabro*, "El factor político en el petróleo"; *Edward L. Morse*, "Los mercados petroleros: la economía mundial y la política después de la guerra del Golfo"; *Paul Horsnell*, "El uso de crudos marcadores en la determinación del precio del petróleo"; *John V. Mitchel*, "Política ambiental e instrumentos fiscales"; y *Juan Carlos Boué*, "La industria petrolera en México y Venezuela".

Estudios Sociológicos 39

VOLUMEN XIII, NÚMERO 39,
SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1995

Fernando Escalante Gonzalbo, "El problema de la ciudadanía. Moralidad, orden y política"; *Antonio Azuela*, "Ciudadanía y gestión urbana en los poblados rurales de Los Tuxtlas"; *Mauricio Tenorio*, "Estados Unidos: Ciudadanía y cultura en tiempos de desazón. El debate de los noventa"; *Fernando Escalante Gonzalbo*, "De la necesidad, virtud. Moral pública y orden político en México"; y *Alicia del Águila*, "Callejones y mansiones o la reconstrucción de los espacios públicos en Lima (1895-1919)".

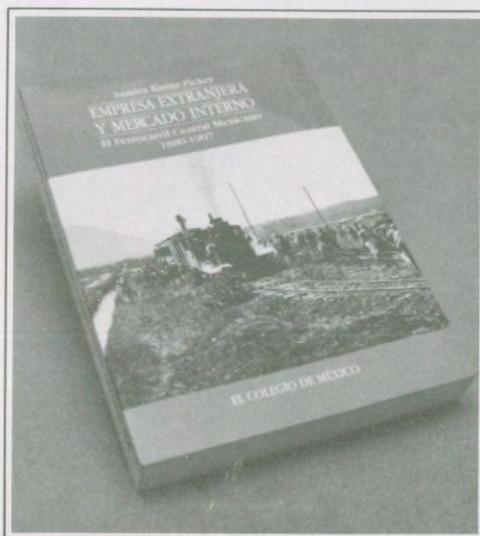




EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

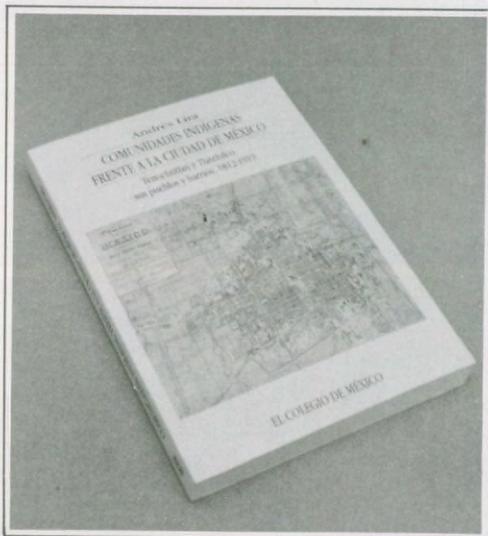
NOVEDADES
EDITORIALES



Sandra Kuntz Ficker

**Empresa extranjera y mercado interno.
El Ferrocarril Central Mexicano (1880-1907)**

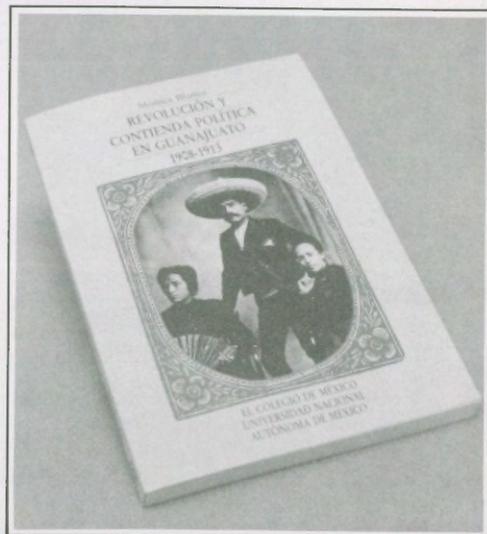
1a. ed., 1995



Andrés Lira

**Comunidades indígenas frente a la ciudad de
México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y
barrios, 1812-1919**

2a. ed., 1995



Mónica Blanco

**Revolución y contienda política en
Guanajuato (1908-1913)**

coed. Universidad Nacional Autónoma de México

1a. ed., 1995

EL COLEGIO DE MÉXICO

Centro de Estudios de Asia y África



*Asia y África desde México.
Treinta años del Centro de Estudios
de Asia y África*

edición a cargo de Mariela Álvarez de Antún
1ª ed., 1996 ISBN 968-12-0672-X

David N. Lorenzen y Benjamín Preciado Solís

*Atadura y liberación.
Las religiones de la India*

con 32 fotografías a color
1ª ed., 1996 ISBN 968-12-0686-X

Alejandro J. de Oto

*El viaje de la escritura.
Richard F. Burton y el este de África*

1ª ed., 1996 ISBN 968-12-0693-2

Saadat Hasan Manto

Antología de cuentos

estudio, selección de textos y de fotografías:
Susana B. C. Devalle. Trad. del urdu: Daniel de Palma
1ª ed., 1996 ISBN 968-12-0692-4